

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 21 DE DICIEMBRE DE 1914

Núm. 1.721



LA NAVIDAD EN LOS ABRUZZOS, dibujo de Ricardo Pellegrini

En la región de los Abruzzos (Italia) la festividad del Natalicio de Jesús se celebra de la manera poética que representa el adjunto dibujo de nuestro estimado colaborador Ricardo Pellegrini. Los tres Reyes Magos recorren las calles de los pueblos repartiendo sus regalos tradi-

cionales. Acompañanlos preciosos niños vestidos de ángeles que recogen donativos en metálico para ofrecer presentes a los niños pobres y enfermos. La población en masa sigue al cortejo, que se reproduce el día 6 de enero, festividad de la Epifanía.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el quinto y último tomo de la serie correspondiente al presente año, que es la notable obra del eminente escritor inglés Daniel Foe

RÓBINSON CRUSOE

Este libro popular, del que con razón se ha dicho que los niños lo leen con avidez, los hombres lo saborean con deleite y los viejos vuelven a leerlo con nueva complacencia, pertenece al corto número de obras que lejos de envejecer, ganan en interés y en valor en el transcurso de los años.

El tomo va profusamente ilustrado con preciosos dibujos de P. Kaufmann.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La noche de leyenda*, por Amichatis. — *Barcelona. Salón París.* — *La guerra europea.* — *Madrid. Novedades teatrales.* — *Madrid. Exposición de Humoristas.* — *Por casar a su hija* (novela ilustrada; conclusión).

Grabados. — *La Navidad en los Abruzzos*, dibujo de Ricardo Pellegrini. — Dibujo de A. Mas y Fondevila, ilustración al cuento *La noche de leyenda.* — *Retrato* pintado por Alberto de Keller. — *Gitanas*, cuadro de Julio Moisés. — *Los polichinelas del Parque de Barcelona*, cuadro de Domingo Soler. — *El nuevo ministerio portugués.* — *El príncipe de Bulow, nuevo embajador de Alemania en Roma.* — *La guerra europea. El general Hindenburg y su Estado Mayor.* — *Marinos de guerra italianos a bordo de un acorazado.* — *Prisioneros alemanes capturados en la región de Yprés en la última fase de un combate*, dibujo de F. Matania. — *El sueño de Nochebuena en las trincheras*, dibujo de A. Mas y Fondevila. — *Madrid. Escenas de «La sobrina del cura», «Figaro, barbero de Sevilla» y «Al fin so'os».* — *Exposición de Humoristas. El luchador*, escultura de Francisco Asorey. — *Salir por pies*, por Tito. — *Pastora Imperio*, por Francisco Galván. — *El Rey de Sajonia visitando al Kromprinz Guillermo de Alemania.* — *Oficial alemán, a la entrada de su habitación en la línea de combate, comunicándose por teléfono con el Estado Mayor.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El mismo entusiasmo y recogimiento fervoroso que el año pasado, despertaron ahora las audiciones de *Parsifal*. La de ayer noche ofreció la novedad de ser continua. El año pasado, como es sabido, dividían la ópera en dos mitades, y al primer acto se asistía a las cinco de la tarde, dejando luego un intervalo desde las siete y media hasta las nueve, a fin de cenar y tomar ánimos para los otros dos. Con el arreglo actual, y algunos cortes (que los verdaderos aficionados reprueban), se ha podido cantar *Parsifal* de ocho a una, sin interrupción.

Cada vez van siendo mejor comprendidas las bellezas de la asombrosa partitura. En general, es una verdad que la música de Wágner «se va entendiendo» según se va oyendo. Todos lo afirman, y habrá que admitirlo. Y sin embargo, no teniendo yo nada de inteligente ni aun de melómana, no me ha sucedido eso: desde el primer instante, no diré que entendí, pero sentí a Wágner, sin extrañeza alguna.

* *

Hace ya de ello muchos años; no bajarán de cuarenta. Celebrábase en Viena una Exposición Universal, y yo me contaba entre los viajeros atraídos por ella a la capital del Imperio austriaco. Nos pasábamos el día en el local de la Exposición viendo desempaquetar fardos y desclavar cajones, pues allí, como sucede también en otros sitios, y en España bien a menudo, nada estaba pronto para la fecha señalada. Una noche, ya que no veíamos la Exposición, decidimos ver el Teatro Imperial, y después de largas gestiones, pues no se encontraban fácilmente localidades, obtuvimos unas butacas, pagadas muy caras a una Agencia, nombre decoroso de la reventa. Por cierto que nuestra primera admiración fué para la Emperatriz Isabel, que ocupaba, con el hoy caduco Emperador, el palco regio. Era un prodigio de hermosura; llevaba (como en sus retratos) el pelo suelto, ondulado: una mata espléndida, color castaño dorado, que cubría como el manto más rico sus espaldas de diosa. Coronaba su frente una diadema de estrellas de brillantes, montura entonces muy nueva y de moda. Sus facciones eran de una pureza y finura extraordinarias; su cuello, largo y cisneo, aunque no tanto como el de una émula suya en infortunio, la Emperatriz de los franceses; su vestimenta, de *moiré antique* azul, con una orla, por el escote, de grandes grupos de miosotis, la flor del ensueño. Por un cuarto de hora olvidamos la función y sólo tuvimos ojos para la que había de ser, andando el tiempo, víctima del estilete del anarquista Sipido. Al cabo, empezamos a ocuparnos de la función. Esta se titulaba *Fliegende Holländer*, o sea,

en castellano, *El holandés volante*. Después, prevaleció el título de *El barco fantasma*.

* *

Yo ignoraba hasta el nombre del autor, y ni remota idea tenía de la obra. Desde luego me interesó profundamente. No se parecía, por cierto, a *Los Hugonotes* ni a *Dinorah* ni a *Poliuto*, que entonces hacían furor en las temporadas del Real de Madrid, donde tampoco se sospechaba a Wágner, ni creo que ningún periódico español hubiese impreso su nombre una sola vez.

El barco fantasma no es lo mejor de Wágner, pero lleva la huella del genio, y encierra trozos de sorprendente hermosura. El coro de los marineros condenados, que tripulan el buque errante con su siniestro cargamento de muertos, al través del Océano, me impresionó, así como el canto, tan misterioso, de las hilanderas.

Al día siguiente, en la Exposición, y ante el comisionado español, que dirigía la maniobra de colocar objetos y poner un poco de orden, expresé mi admiración hacia el autor de tal música, y recuerdo la respuesta del comisionado: «Es un tal Wágner... Se le discute muchísimo. Para unos es un genio sublime, para otros está loco de atar. A su música la llaman *la música del porvenir*. Dicen que hincan un clavo en los oídos, y luego pega martillazos, hasta que el clavo se hunde en el cerebro.»

Y ya, desde que regresamos a España, perturbada entonces tan hondamente por la guerra civil, no volví a oír de Wágner media palabra, hasta que el Real se atrevió a dar *Rienzi*, que no gustó gran cosa, ni había por qué, pues *Rienzi*, dentro de la obra wagneriana, carece de importancia, y hasta de originalidad, estando de lleno en la escuela italiana.

Mucho tiempo tardó en aparecer con su cisne *Lohengrin*, y él y trozos de otras obras de Wágner ejecutados en conciertos, empezaron a despertar la inteligente afición madrileña. Al suceder esto, cundió la especie de que, para entender al maestro colosal, se necesitaba oír repetidas veces su música. Y yo no lo creía, puesto que, sin necesidad de asistir a ninguna cátedra, y sin antecedente alguno, me había gustado *El barco fantasma*.

Esta prueba de mi sensibilidad artística creo que me da derecho a votar con los que encuentran que *Parsifal* es magnífico..., pero largo. Sí: el espíritu germánico, más penetrado de la grandiosidad que de la proporción, se exhibe, se detiene, contando con la atención sostenida e infatigable de un pueblo más flemático que nervioso. La poderosa calma alemana se revela también en este sumo artista, gloria de la raza y asombro de la humanidad.

* *

Dicen que el papel de Wágner ha bajado en Alemania mucho, que ya no se le ensalza ni la mitad que antes, y que el gusto vuelve hacia Mozart y Beethoven.

Era fatal, tenía que sufrir también Wágner esa prueba, esa crisis. Negado al principio; ridiculizado después; tratado de insensato; estudiado como se estudia un caso de vesania; subido luego al Empíreo; adorado, no ya como semidiós, como Dios; extendidas las inmensas alas de águila de su inspiración por el mundo, tenía que llegar para él la hora de la revisión de valores, de la despiadada crítica, y hasta de la fatiga, de ese hastío humano que no puede sufrir más lo que idolatraba, y escupe desdeñoso sobre el amor y los entusiasmos de ayer. Todo ello estaba previsto.

En el conjunto del público, no obstante, no influyen los caprichos y cambios del gusto de inteligentes e intelectuales. El público sólo sabe que no ha visto alzarse ningún nombre ni resplandecer ninguna gloria que pueda eclipsar la del amigo del rey de Baviera. Además de compositor es poeta Wágner. Casi es más grande como poeta, y si sus libretos los escribe otro, no tendrían esa profunda compenetración con la música. Pueden definirse así las óperas de Wágner: un todo, indivisible, de música y poesía.

A la larga, el poema decide la suerte de la música. Es un hecho poco observado, pero muy real. El necio asunto, neciamente desarrollado, de *Dinorah*, por ejemplo, ha puesto en ridículo a una obra que musicalmente tiene páginas lindísimas. El asunto, dramático, histórico, de *Los Hugonotes*, sostiene aun esta creación de Meyerbeer.

* *

Pero no conozco asuntos ni libretos comparables a los de Wágner. Publicados sin música, como poe-

mas, hubiesen logrado, para su autor, un lugar eminentísimo entre los vates alemanes. Hay dos cosas dignas de notarse en los poemas de Wágner: una, el carácter tradicional; otra, el modernísimo sentimiento. Uniendo el pasado al presente con lazos de oro, Wágner ha logrado quitar a la evocación del ayer esa frialdad arqueológica, ese gris de telaraña, que la apartan de nosotros, y la aíslan de la vida actual. No hay gente más moderna y contemporánea, en cierto respecto, que Tristán, Iseo, el caballero Tanhaüser y el héroe Sigfrido.

Todo el sentido legendario de la historia y de la mitología germánicas, y aun de las razas del Norte en general, ya que Tristán e Iseo y sus trágicos amores pertenecen al ciclo bretón, los desentraña Wágner, mostrando cómo seguimos viviendo de esa profunda raíz.

Los problemas de nuestra conciencia están simbolizados en la infernal tradición del *Venusberg*, con la diablesa que pierde a los hombres, en el certamen de la Wortburga, en la figura célica de Santa Isabel, y surge de esta evocación el poema del pecado y del arrepentimiento, el milagro y el perdón. Lohengrin, cuya idea es el misterio, representa la caballería, fruto de las cruzadas y del catolicismo. Elsa es una figura angélica, digna de un vitral.

Y si en la tetralogía, tan profundamente mística, tan germana y a la vez tan primitiva, tan enlazada con los orígenes de las razas y de los pueblos, no asoma sino como consecuencia del ocaso de los dioses la suposición del advenimiento del cristianismo, en *Parsifal* son el cristianismo y el catolicismo los que culminan, sobre todo el catolicismo, con su dogma formidable y soberano de la Eucaristía, abismo de la gracia, en que la mente se confunde, y el corazón se eleva y magnifica.

* *

¿Qué es *Parsifal*? Una misa; un holocausto. Es el triunfo del dogma de amor sobre el infierno, sobre el pecado, sobre las pasiones. Con acierto singular, o mejor dicho, con intuición de artista, Wágner ha presentado contra la redención por la sangre divina contenida en el Grial, los ardidés del mago Klíngsor. Porque, en efecto, la mayor parte de las viejas religiones impuras no eran más que ritos mágicos. La persecución, en los países cristianos, contra hechiceras, brujos y brujas, de ahí nació: de que la magia es la enemiga del cristianismo.

En el continente americano, creencias y ritos se basaron en la magia negra. Klíngsor, el moro, es tan simbólico como Parsifal, el fervoroso, «el puro» por antonomasia. Y sobre este tema, escribió Wágner la música más estremecedora de belleza: esa página que transporta a todos los públicos y que se llama *la Consagración del Grial*.

Se creería que este sello católico de la obra de Wágner fuese incompatible con el espíritu protestante alemán. Y acaso lo sea, y quizás por eso haya sufrido tal contradicción y negación el maestro. Sin embargo, el culto de Wágner es cosa alemana, pues en Francia llegaron al extremo de silbarle.

* *

Hoy, el público madrileño empieza a ser uno de los más adictos a Wágner. Algunos señoritos siguen encontrando que todo aquello es «una lata»; pero ya sienten rubor de decirlo alto. Lo murmuran tímidamente, entre dientes, un tanto abochornados de su opinión.

Con ser la gente tan parlanchina, en *Parsifal* no sólo guarda, sino que exige silencio. Y la Empresa ha vuelto a dar *Parsifal* este año, porque el pasado se contaron por llenos las representaciones. Es fácil que ahora suceda lo mismo. Incluyamos esta nota entre los síntomas de cultura y de adelanto. En el momento presente la noción de cultura sufre también una revisión; la guerra vino a traer la crisis de ese ideal. Pero, lo que dirán los germanos: una cosa es la cultura y otra, pero acaso la misma, los morteros de cuarenta y dos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA NOCHE DE LEYENDA, POR AMICHATIS, dibujo de Mas y Fondevila



Cada tarde reunía a los chicuelos del pueblo y, con su voz gangosa, les enseñaba las sencillas canciones

La señora marquesa de Monte-Arán estaba junto al balcón del viejo palacio viendo cómo la nieve ponía una sábana blanca en los paseos del jardín. La nieve de las montañas vecinas descendía al llano y era blanca la carretera sinuosa, y blanco el caserío, y blanca la torre de la iglesia. Doña Blanca de Monte-Arán, en la soledad del salón, en la soledad de la gran casa, en la soledad de aquel palacio perdido en el valle, lloraba silenciosa pensando en los días que no habían de volver, en los días felices que creó su imaginación al desposarse con el señor marqués y huyeron ante la alocada vida emprendida por el

hombre mundano. Joven era doña Blanca y ya la plata lucía en sus cabellos; en su frente notábase una arruga de tristeza y en sus labios siempre tenía dibujada la sonrisa amarga de los que sufren mucho y no comparten sus penas con un confidente. Doña Blanca lloraba la ausencia del que, en la corte, lejos del rincón nativo, continuaba su vida licenciosa del hombre galanteador.

Doña Blanca miraba el jardín abandonado, el jardín donde en noches de luna y de leyenda paseó sus amores, el jardín ahora triste y melancólico como el escenario de un poema romántico y sentimental.

Doña Blanca lloraba pensando en el perdido esposo que olvidó el cariño del hogar y andaba por el mundo buscando aventuras. Martirizaba su conciencia pretendiendo encontrar una culpa que justificase el abandono. Vano empeño: ella siempre fué buena, cariñosa y amable para el compañero... Ella no se arrepentía de su conducta y, resignada, volvía a llorar recordando la historia de otras damas que también sufrieron abandono y vivieron fieles a la memoria del que se fué.

Recordaba sus días de pensionado, aquellos días de adolescencia en que, a hurtadillas de sor Juana,

la hermana vigiladora, leía historias de amor. Evocaba las horas pasadas en la sala de estudio, con los ojos cerrados, esperando la hora en que los padres la licenciarian del encierro para presentarla en los salones y rememoraba el día en que, vestida de largo, luciendo un collar en su cuello de virgen, vióse entre el torbellino de adoradores... A la visión se unía el recuerdo de un nombre: Carlos. Carlos fué el galán que conquistó su corazón vertiendo en sus oídos palabras de encantamiento. Carlos, altivo, orgulloso, retador, era la personificación de ese héroe de leyenda que en todas las historias de amor figura como el más sabio, el más fuerte y el más caballeroso... Recordaba sus esponsales, la marcha a las ciudades italianas, las noches de luna en Venecia paseando en góndola por las tranquilas aguas del gran canal, evocando la sombra de los amadores de tragedia, las tardes de Florencia donde el cielo era claro como los ojos del amador y en que las casas antiguas ponían severidad a los apasionados juramentos; su paseo por París como una locura de luz y de ruido, y el regreso a Madrid, donde, apagada la prometida locura, empezó el abandono...

Doña Blanca decidió su retiro al viejo palacio del rincón de la montaña; ella no podía sufrir el espectáculo de la excesivamente mundana vida del esposo olvidadizo. Y allí permaneció en el refugio buscando en los recuerdos un calmante a su dolor, esperando que el galán soñado y perdido habría de volver en busca de perdón y en ofrenda de cariño.

Por el estrecho sendero del jardín, chapoteando en la nieve con sus recios zapatonés, sosteniendo con ambas manos el paraguas que parecía hundirse con el peso de la capa blanca, avanzaba mosén Antón, el capellán del pueblo cercano.

Mosén Antón, viejo honorable que desde su salida del seminario vivía en la aldea y había bautizado a los viejos más viejos de ella, era el único consejero y amigo de la desconsolada marquesa.

Mosén Antón, que aprendió en el corazón de los hombres las leyes que rigen los humanos actos, ponía en su hablar todo el saber de un patriarca que sabe curar diciendo consejos. Mosén Antón conocía a Carlos. Cuando el ahora hombre era niño, pasaba buenas temporadas en el viejo solar y tenía al capellán por maestro. El bondadoso mosén cuidó de enseñarle las letras y él fué quien, en Madrid, bendijo la unión de los esposos, llorando de emoción entre los no acostumbrados honores de la ceremonia.

Mosén Antón llegó a la sala donde estaba doña Blanca y, después de reposar en viejo sillón, preguntó por el ausente.

— Siempre bondadoso, decía doña Blanca; ¡llegarse hasta aquí con la nieve que cae!

— Amable es usted que prepara tan encendida chimenea cuando llego, replicaba el viejo mirando las huellas del llanto en las mejillas de la abandonada esposa.

— ¿No ha escrito?, preguntó tras un silencio.

Y la marquesa volvió a lamentarse.

— Escribirá, escribirá, decía el capellán. Carlos es bueno, Carlos quiere mucho a su buena Blanca; pero en los ojos de los hombres hay una venda que no les deja ver la gloria que tienen al alcance de la mano y les fuerza a correr tras lejanas aventuras... Pero Carlos volverá buscando el consuelo de su buena mujercita...

La marquesa seguía en su silencio y el mosén continuaba convincente:

— Dé tiempo al tiempo y tenga confianza en Dios que no olvida a los buenos...

— Está perdido, perdido..., interrumpió doña Blanca, entre sollozos; todo le retiene más que mi cariño: sus amigos, la política... ¡Fué un sueño! ¡Fué un sueño!..

Mosén Antón calló un rato, tomó un polvillo de rapé, acercó sus zapatonés a la chimenea y calando en sus narices las caídas gafas empezó a perorar de esta suerte:

— Yo voy a quemar mi último cartucho... Escribiré al caballere..., escribiré al caballere... Se acerca la Nochebuena... Esa noche tiene en el corazón de todos nosotros un poder que no le alcanzan

a igualar ni los más piadosos sermones ni las más severas reprimendas... En tal noche el malo se arrepiente y quiere ser bueno, el bueno gozar con serlo más, el viejo llora y el niño ríe... Y es que esa noche tiene un adorable poder de evocación... Es noche de niños en que el alma se engrandece purificándose y se desea ser inocente para soñar en el anciano Noel que, cargado de riquezas, ha de venir



Retrato pintado por Alberto de Keller

a nuestro lecho para premiar nuestras buenas acciones... Yo espero en que Noel haga el milagro... En esta sala, continuó el viejo, aquí, junto a la chimenea, cuando Carlos era un rapaz de guedejas rubias y pantalones cortos, armábamos un nacimiento y en la noche de leyenda venían a entonar villancicos los muchachos de la aldea... Yo les enseñaba los cantares y lloraba de gozo al oírse los... Entonces Carlos era bueno... Yo no puedo creer que haya olvidado las noches de Noel en que sus padres, los señores marqueses, cantaban como niños y él era el amo de la casa... Verdad es que murieron los ancianos señores, pero aquí quedo yo para hacer recordar al caballero que no es cosa de hombres buenos abandonar las antiguas costumbres para andar por el mundo... ¡Déjeme a mí!.. ¡Déjeme a mí!.. Yo he de convertirlo...

Y después de saludar a la entristecida marquesa, marchóse el mosén volviendo a pasar por el jardín lleno de nieve mientras moría el sol entre los arrullos de las campanas lejanas que llamaban a oración.

En los vastos salones del círculo, entre el ruido de dinero en la mesa verde y el bullicio de las conversaciones animadas, oyóse la voz de un servidor con librea preguntando por el marqués de Monte-Arán.

Carlos de Monte-Arán estaba en un grupo de amigos narrando aventuras de caza.

— Yo, señores, cuando vi aquel oso tan enorme..., decía.

Y un amigo interrumpió:

— Te llaman.

Acercóse el servidor y mostró una carta. Cogió Carlos el sobre y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa. Los compañeros de conversación sonrieron maliciosos adivinando alguna aventurilla del marqués.

Carlos reconoció el apergaminado papel cerrado con una oblea... Era de su preceptor, el viejo capellán del pueblo.

No pudo continuar su relato, temía una nueva dolorosa, recordó el tiempo que no sabía nada de Blanca, la marquesa... Pidió el abrigo de pieles y fué corriendo al hotel para leer, sin interrupciones indiscretas y profanadoras, la misiva.

No fué poca su emoción al contemplar aquellos rasgos temblones y desiguales que le recordaban sus días de infancia. Hasta una lágrima rebelde tembló en sus ojos. ¡Llorar él!..

— ¡Si me viesen en el círculo!, decía el marqués.

Pero las lágrimas no se ocultaron mientras leyó aquellas palabras:

«Carlitos: Ven... Escucha a este viejo que tanto te quiere; ven a la montaña.»

Y no decía más la carta...

«¡Chochees del viejo, pensaba el marqués. Chochees del viejo...»

Pero al siguiente día partió para el rincón el hombre mundano... ¿Qué quería el viejo? ¿Qué quería el viejo?..

En una bohardilla del viejo palacio encontraron las figurillas de barro. Mosén Antón no dió punto de reposo y recordando días de juventud preparó el «nacimiento» con la alegría de sus buenos tiempos. Cada tarde reunía a los chicuelos del pueblo y, con su voz gangosa, les enseñaba las sencillas canciones.

Doña Blanca, confiada en el capellán, esperaba la fecha.

— No dude usted..., no dude usted, decía el viejo.

Y todo era ir al monte en busca de musgo para preparar montañas, y hacer casitas de cartón para figurar aldeas.

Llegó la Nochebuena y el capellán fué con su corte de chiquillos a invadir la morada señorial. Cantaban los rapazuelos y cantaba el viejo. Doña Blanca esperaba angustiada...

La luz de los iluminados ventanales caía en el nevado jardín.

En el silencio de la noche llegó D. Carlos y paróse ante la casa como un penitente al llegar al santuario.

Era todo su pasado que volvía evocado por el misterio.

En la puerta del palacio encontró a un criado.

El criado dijo sonriente:

— ¡Tenga alegre Nochebuena el señor!

Y entró en el zaguán y volvió a escuchar el saludo. Y llegó al gran salón y vió al viejo que dirigía el infantil coro.

Mosén Antón no interrumpió su canto.

— ¡Venga acá el olvidadizo!.., dijo. ¡A cantar conmigo!

Y cantaba el marqués, y lloraba la esposa y el vejete dirigía lloriqueando.

«¡Si me vieran en el círculo!, pensaba el marqués. ¡Si me vieran en el círculo!..»

El capellán, que adivinó sus pensamientos, fué a sermonearlo.

— Hoy es noche de leyenda..., leyenda de los de buen corazón... ¡Pobres de los que al recordar que fueron niños no sienten felicidad!.. Canta, canta y recuerda...

Y la bondadosa marquesa bendecía la noche de leyenda que coronaba su felicidad, y repetía las palabras del vejete: «¡Pobres de los que al recordar que han sido niños no sienten gozo!..»

BARCELONA. - SALÓN PARÉS

En el Salón Parés tiene expuesta una colección de sus últimas obras el celebrado pintor Julio Moisés, quien ya el año pasado llamó la atención del público y mereció los elogios de la crítica con motivo de la exposición en el mismo local de algunos de sus cuadros, de los que reproducimos uno en el número 1.631 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

En la exhibición actual, que, como la anterior, se compone principalmente de retratos, Moisés ha afirmado su personalidad, ofreciéndonos más consolidadas sus cualidades buenas y corregidos algunos defectos de que adolecían sus primeras producciones.

El género que con predilección cultiva Moisés es el retrato, y esta sola circunstancia bastaría, tratándose de un artista joven, para conquistarle aplausos y elogios, ya que los estudios y la reflexión que el retrato requiere parecen más propios de la madurez, de la experiencia y del reposo del pintor entrado en años que de la juventud, generalmente poco reflexiva, fácilmente impresionable y propensa a las novedades y a las osadías.

Moisés siente, por decirlo así, los personajes que retrata, y por esto al par que su parecido físico sabe trasladar al lienzo su personalidad moral. Además los pinta concienzudamente sin olvidar ningún detalle, ofreciéndonos una obra acabada no sólo en cuanto se refiere al rostro, sino también a las demás partes del cuerpo y muy especialmente a las manos, que trata con un esmero y una corrección dignos de las mayores alabanzas.

Completan el efecto de estos retratos la verdad y el buen gusto con que está



Gitanas, cuadro de Julio Moisés. (Salón Parés. - De fotografía de F. Serra.)

reproducida la indumentaria, y la acertada elección de los accesorios y del fondo sobre el cual aquéllos se destacan y que dan a la obra un carácter decorativo que, sin desvirtuar su esencia ni distraer la atención, le prestan mayor realce.

Además de los retratos expone Moisés algunas pinturas de género, una de las cuales reproducimos adjunta. Estas *Gitanas* son un modelo de verdad y de expresión: sus caras ostentan todos los rasgos de raza y sus actitudes están admirablemente sorprendidas del natural. Los ojos tienen esa mirada viva, penetrante, picaresca, que caracteriza a las gitanas, y de los labios de una de ellas parece salir la buenventura recitada con inimitable gracejo y con la más pintoresca fraseología. Pero en aquel rostro alegre y en aquella boca sonriente y en aquellos ojos fascinadores se adivinan una pasión de fuego y una altivez indomable que al menor agravio trocarán la sonrisa en gesto de indignación y de desprecio, las palabras de petición sumisa en maldiciones de sin igual violencia y la mirada acariciadora en llamada de fuego abrasador.

En el propio Salón Parés está expuesto el cuadro de Domingo Soler *Los polichinelas del Parque de Barcelona*, que también reproducimos en esta página. Es una nota profundamente observada y pintada con gran espontaneidad y soltura. El artista ha sabido sorprender una escena altamente simpática y ha logrado fijarla en el lienzo con tal fuerza de expres-

ión, que, aun estando todas las figuras de espaldas, nos parece estar viendo sus rostros y seguir en ellos, particularmente en los de los niños, las impresiones que los animan a medida que se desarrolla la representación de polichinelas.



Los polichinelas del Parque de Barcelona, cuadro de Domingo Soler. (Salón Parés. - De fotografía de F. Serra.)

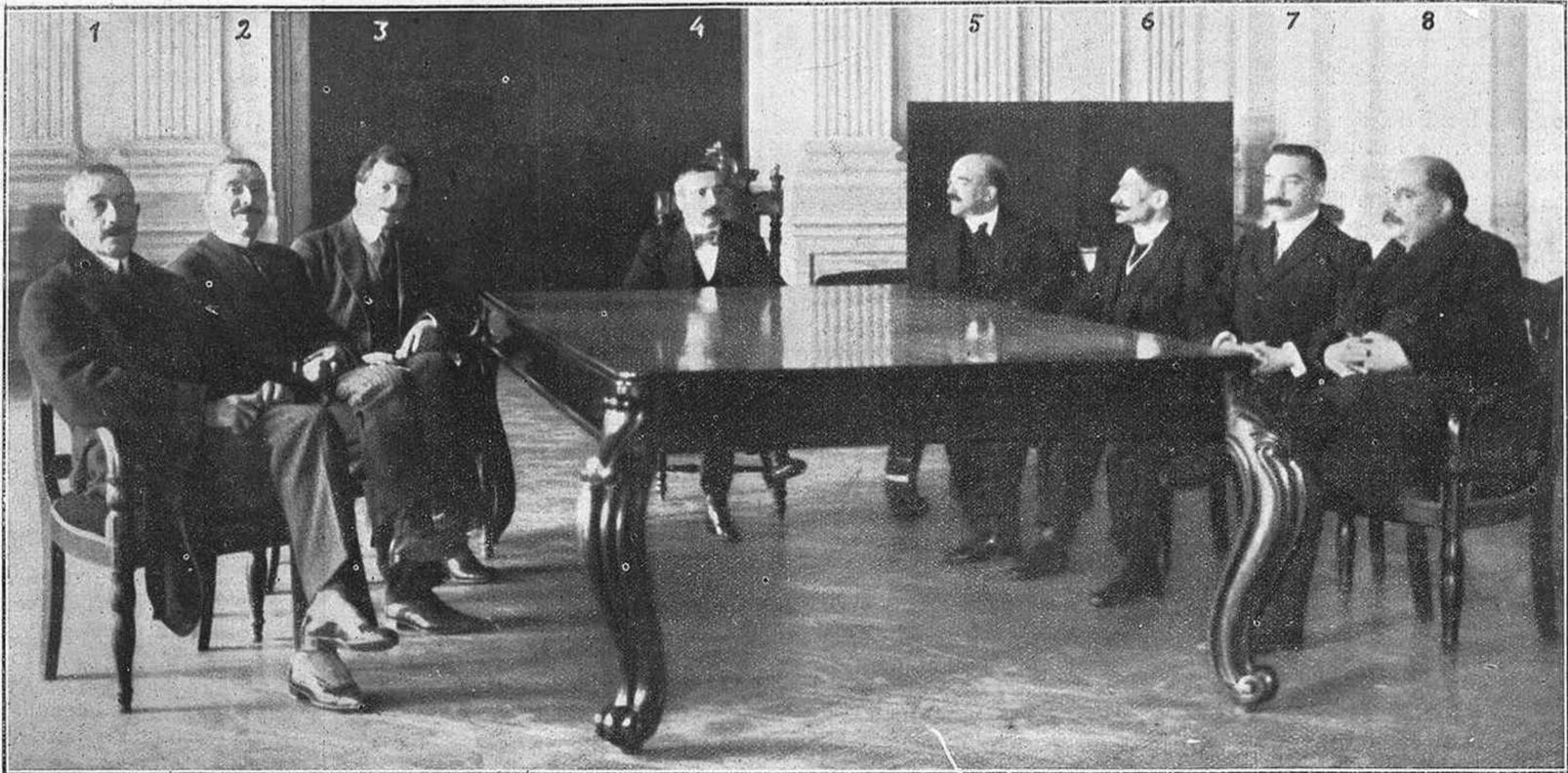
LA GUERRA EUROPEA

Con repetir lo que desde hace muchas semanas venimos escribiendo al principio de cada crónica, quedarían descritas las

En resumen, muchos combates, pero ninguna operación de verdadera importancia.

Los rusos, para explicar la toma de Lodz por los alemanes, hecho de que dimos cuenta en la crónica última, han dicho que

sencilísima la conceptúan los serbios, según los últimos partes recibidos de Nisch, como un éxito definitivo de parte de Servia. Las noticias de origen serbio exageran enormemente el número de nuestras bajas.»



El nuevo ministerio portugués. - 1. Dr. Augusto Soares, Negocios Extranjeros e interino de Justicia. - 2. Dr. Alvaro de Castro, Hacienda. - 3. Dr. Alejandro Braga, Interior. - 4. Víctor Hugo de Azevedo Coutinho, presidencia y Marina. - 5. Federico Antonio Ferreira, Instrucción Pública. - 6. Alfredo Rodríguez Gaspar, Colonias. - 7. Eduardo Alberto Lima Basto, Fomento. - 8. Joaquín Basilio Cerveira y Sousa, Guerra. (De fotografía de Augusto Ratto.)

operaciones durante estos últimos días realizadas en el teatro de la guerra franco-belga y en el francés. Los dos ejércitos beligerantes se atribuyen progresos, aunque lentos, continuos, y bien pudiera ser que ambos tuviesen razón, pues en una línea que abarca centenares de kilómetros nada tiene de particular que en unos puntos avancen los alemanes y en otros los aliados. De todos modos, estos éxitos son relativamente insignificantes, reduciéndose a avances de unos pocos centenares de metros y a tomas de algunas trincheras aisladas.

El hecho que citamos en nuestra crónica anterior como característico de la clase de guerra que se hace en el Sur de Bélgica y en el Norte de Francia (nos referimos a la toma de la casa del barquero por los aliados), se ha reproducido posteriormente en la región de Arrás, en donde los aliados señalan como una importante victoria la ocupación, después de un brillante ataque y de varias operaciones de zapa y mina, de Vermelles y Rutoir-Vermelles, posiciones que, según el comunicado oficial francés, eran teatro, desde hace dos meses, de luchas encarnizadas.

Otro éxito de los aliados ha sido la ocupación de la orilla Oeste del canal del Iser, que los alemanes han tenido que evacuar totalmente.

Mayor actividad sigue reinando en el teatro de la guerra oriental. Veamos los éxitos que cada uno de los ejércitos contendientes se atribuyen.

Dicen los rusos: que ha fracasado en la Polonia rusa un movimiento intentado por las tropas alemanas; que ha fracasado igualmente un nuevo ataque intentado por éstas sobre Lovicz; que ha sido rechazada una enérgica ofensiva emprendida al Sur de Cracovia por los austriacos auxiliados por numerosos contingentes alemanes; que en el distrito de Mlawa (Polonia rusa) ha sido rechazada la enérgica ofensiva alemana; que los alemanes se batían en retirada; y que parece inminente la rendición de la plaza de Przemysl, que es objeto de un violento bombardeo y en la cual los pocos habitantes que en ella han quedado carecen de víveres.

Y dicen los austro-alemanes: que persiguen muy de cerca a los rusos en su rápida retirada al Este y Sudeste de Lodz; que han tomado con éxito la ofensiva en la Polonia meridional, rechazando los ataques rusos; que han desalojado a los rusos de sus posiciones en el Este de Galicia; que han rechazado una nueva tentativa de los rusos para franquear los Cárpatos; que la plaza de Przemysl está sólo cercada por los rusos sin que éstos la hayan atacado y que la guarnición sigue muy animada y ha efectuado recientemente una salida, cogiendo al enemigo 700 prisioneros, 18 ametralladoras y gran cantidad de municiones; y que en la Galicia occidental han derrotado el ala izquierda rusa, obligándola a batirse en retirada.

han creído deber evacuarla, en razón a su posición en flecha, y que la defensa de aquella plaza no era necesaria desde el punta militar. Comentando estas explicaciones, el diario londinense *The Times* dice que si los rusos no defienden la Polonia es sencillamente porque no pueden y añade: «No hay gobierno alguno que por ninguna consideración se allane buenamente a que una provincia tan rica y una ciudad industrial de medio millón de habitantes sea ocupada por el enemigo.»

Según noticias de Berlín, han sido suspendidos en sus cargos el general Rennenkampf y otros seis generales rusos. El relevo de Rennenkampf ha sido confirmado por un despacho recibido en Londres y visado por la censura rusa.

La suerte se ha mostrado en extremo adversa a los austriacos en Servia. Después de la toma de Belgrado por aquéllos, los serbios han obtenido sobre ellos una serie de importantes victorias, derrotándolos completamente, obligándolos a retirarse a la desbandada, haciéndoles millares de prisioneros y co-

Los turcos afirman haber obtenido sobre los rusos algunas victorias en el Cáucaso, ocupando algunas poblaciones, y afirman asimismo que la población indígena de la colonia inglesa de Somalilandia se ha levantado en armas al saber que los musulmanes han declarado la guerra a Inglaterra, y que algunos miles de jinetes somalíes han marchado a Egipto a combatir contra los ingleses.

En el Golfo Pérsico, las fuerzas británicas han ocupado Kurnah y Basora, en las orillas del Tigris habiéndoseles entregado incondicionalmente los turcos mandados por el que era gobernador de la última de las poblaciones citadas. De ello resulta que los ingleses son en la actualidad dueños del país que se extiende entre la confluencia del Tigris y el Eufrates y el mar, es decir de la parte más rica del delta.

Los rusos, a su vez, dicen haber infligido una importante derrota a los turcos en el Cáucaso.

En el Océano Atlántico se ha trabado un violento combate naval entre las escuadras inglesa y alemana que ha tenido funestas consecuencias para esta última. El día 8 la escuadra inglesa que manda el vicealmirante Federico Sturdee encontró cerca de las islas Malvinas o Falkland a los cruceros alemanes *Gneisenau* y *Scharnhorst*, *Leipzig*, *Dresden* y *Nuremberg* al mando del almirante von Spee. Entablado el combate, a las tres horas fué echado a pique el *Scharnhorst* y dos horas más tarde el *Gneisenau* y el *Leipzig*. Los otros dos cruceros huyeron, logrando escapar a la persecución del enemigo. El almirante von Spee y sus dos hijos con él iban en el *Scharnhorst* permanecieron en el buque y se hundieron con él; también perecieron casi todos los tripulantes de los tres barcos alemanes.

Los ingleses no tuvieron más que siete muertos y cuatro heridos.

Esta escuadra del almirante von Spee es la misma que en 1.º de noviembre derrotó en aguas del Pacífico a la escuadra inglesa del almirante Cradock, echando a pique los cruceros *Good Hope* y *Monmouth*.

Para formar un ministerio de concentración con motivo de la intervención de Portugal en la guerra europea, presentó su dimisión el gabinete presidido por D. Bernardino Machado. Las tentativas para que en el nuevo gobierno entrasen todos los partidos han fracasado y al fin se ha constituido un ministerio con individuos del partido democrático, presidido por el Sr. Azevedo Coutinho.

Ha sido nombrado embajador de Alemania en Roma el ex-canciller von Bulow. Esta designación demuestra la alta importancia que en estos momentos concede el emperador Guillermo a las relaciones diplomáticas con Italia. El nuevo embajador está casado con una italiana, la princesa María Camporeale y posee cerca de Roma la Villa de las Rosas.



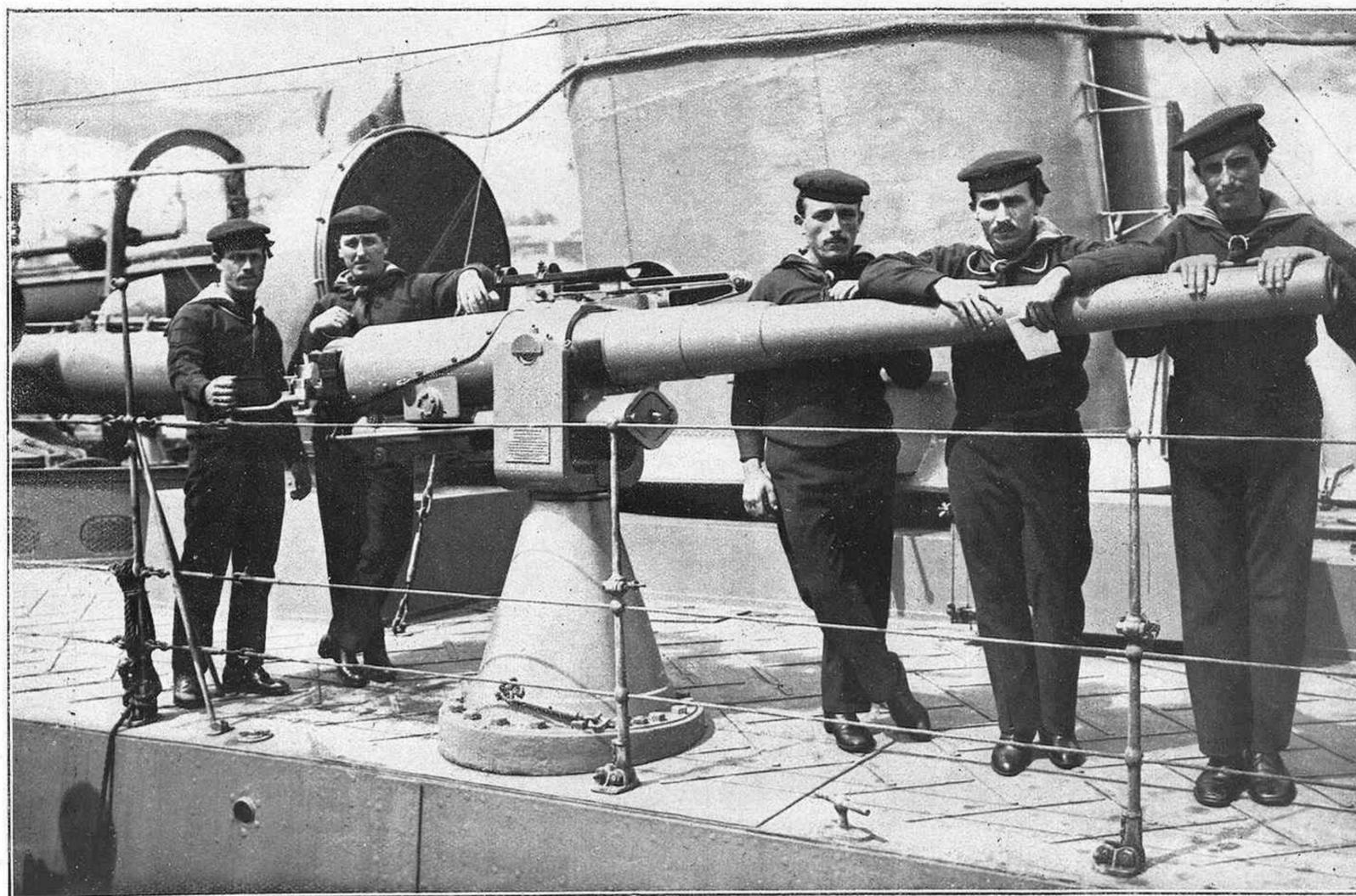
El príncipe de Bulow (x), nuevo embajador de Alemania en Roma. (De fotografía de Carlos Ateniagar.)

giéndoles abundante material de guerra. El resultado de estas victorias ha sido la reconquista de Valjevo y de Belgrado. También los montenegrinos han obtenido un brillante triunfo sobre los austriacos obligándolos a evacuar Visegrad y a repasar el Drina con grandes pérdidas.

Los partes oficiales austriacos, sin afirmar ni negar estas derrotas, las dan a entender indirectamente, si bien atenuándolas. Véase, en prueba de ello, lo que en uno de estos partes se ha dicho: «En vista de que los rusos han llevado hacia el Sur fuertes contingentes de tropas, el Estado Mayor austro-húngaro se ha visto igualmente obligado a alterar la formación estratégica de los Balcanes, retirando el ala derecha. Esta maniobra



La guerra europea. El general Hindenburg y su Estado Mayor. — El general Hindenburg es el comandante en jefe del ejército alemán que actualmente combate en la Polonia rusa, en donde ha obtenido brillantes victorias sobre los ejércitos moscovitas, ocupando, después de sangrientas batallas, la importantísima ciudad de Lodz. El emperador Guillermo le ha dirigido recientemente un telegrama haciendo justicia a su sabia estrategia, nombrándole feldmariscal general y diciéndole que sus tropas pueden estar orgullosas de tener tal caudillo. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)



Marinos de guerra italianos a bordo de un acorazado. (De fotografía de Chusseau-Flaviens.)



La guerra europea. - Prisioneros alemanes capturados en la región de Yprés en la última fase de un combate. Dibujo de F. Matania hecho sobre apuntes del natural. Reproducción autorizada.)

A los horrores de la guerra han venido a juntarse los rigores invernales, que hacen más difícil y más terrible la lucha. En el Norte de Francia y en el Sur de Bélgica, en donde se combata hasta mediados de noviembre ha sucedido un tiempo incoherente de nieves y lluvias y extremadamente frío. Los caminos convertidos en barrizales unos, nevados otros y endurecidos por las heladas, dificultan las operaciones no sólo en cuanto a los ataques de la infantería y de la caballería, sino también y muy principalmente en cuanto a los movimientos de la artillería y de los convoyes de aprovisionamiento. Pero de todas las penalidades y sufrimientos que ha traído consigo este cambio de tiempo, ninguno tan horrible como el frío, que causa numerosas víctimas en ambos ejércitos, habiéndose dado repetidas veces el caso de encontrar rígidos, helados, a los centinelas al ir a relevarlos. El dibujo de Matania que adjunto reproducimos y que ha sido hecho en presencia de apuntes tomados del natural, da perfecta idea de lo que dejamos dicho. No cabe expresar mejor el aspecto desolado del país, que parece envuelto en un inmenso sudario, y los padecimientos de esos hombres, que llevan escritos en sus rostros y en sus actitudes el dolor físico y la tortura moral más intensos.



EL SUEÑO DE NOCHEBUENA EN LAS TRINCHERAS, dibujo de A. Mas y Fondevila

Agotado por el cansancio de los continuos combates y aprovechando unas horas de tregua, ríndese el soldado al sueño. Y mientras su cuerpo reposa junto a las trincheras, su imaginación vuela hacia la aldea y penetra en la humilde casita en donde se dejó toda el alma cuando partió para acudir a la defensa de la patria.

Es Nochebuena: junto al hogar, los niños esperan los regalos que el viejo Noel ha de traer-

les en conmemoración del nacimiento de Jesús; al lado de ellos, los pobres ancianos, agobiados por el dolor y por los más negros presentimientos, piensan en el hijo ausente y elevan al cielo su más fervida plegaria pidiéndole no desampare al que lucha en el campo de batalla y haga que se cumplan aquellas palabras hermosas: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»



Madrid. — Una escena de *La sobrina del cura* melodrama original de Carlos Arniches, estrenado con gran éxito en el Teatro Cómico

MADRID. — NOVEDADES TEATRALES

Ultimamente se han estrenado con buen éxito en Madrid *La sobrina del cura*, melodrama en dos actos de Carlos Arniches; *Figaro, barbero de Sevilla*, arreglo de la conocida obra de Beaumarchais hecho por los Sres. López Alarcón y Alberti; y *¡Al fin solos!*; opereta en tres actos de Lehar arreglada a la escena española por el Sr. González del Castillo.

La sobrina del cura es una verdadera joya en su género: el argumento, el desarrollo de la acción, los personajes, todo responde admirablemente a las exigencias del melodrama, pero no del melodrama de grandes efectismos, de recursos rebuscados e inverosímiles, sino del que, dentro de un asunto verosímil, ofrece los acontecimientos lógicamente encadenados, emociona intensamente y mantiene constantemente la atención, sin perjuicio de regocijar el ánimo de cuando en cuando con algunos toques cómicos de la mejor ley. Toda la obra se mantiene siempre a la misma altura sin que ni por un momento decaiga; pero se destacan en ella especialmente en el primer acto las escenas entre el cura y los chiquillos del lugar entre el provisor y el párroco y el final; y en el segundo, varias escenas sentidas y pintorescas y sobre todo la que termina el melodrama, hábilmente conducida y de efecto emocionante.

En la ejecución sobresalieron Loreto Prado y el Sr. Chicote, muy bien secundados por la señora Castellanos y la señorita Bordas, y por los Sres. Castro, Ripoll, Ponzano, Delgado, Alonso y Peinador.

Los Sres. López Alarcón y Alberti, en su arreglo o traducción de la celebrada comedia de Beaumarchais, han conservado toda la travesura, todo el ingenio y toda la gracia picaresca del original, que tan admirablemente refleja el carácter, las costumbres y el ambiente del último tercio del siglo XVIII y en el cual, envueltas en sátira unas veces fina y otras mordaz, pero siempre culta y pintoresca, el autor dice grandes verdades que si hoy han perdido en gran parte su actualidad, en su tiempo causaron gran asombro por su osadía y dieron lugar a muchas y muy apasionadas polémicas. *Figaro, barbero de Sevilla*, está, además, escrita en lenguaje castizo que acredita una vez más las dotes literarias demostradas en tantas ocasiones por los traductores. La señorita Palou y el señor García Ortega desempeñaron muy acertadamente sus respectivos papeles, secundados por los Sres. Guirao y Camarero.



Una escena del primer acto de la opereta *Al fin solos*, de Franz Lehar, arreglada a la escena española por González del Castillo y estrenada con buen éxito en el Teatro de la Zarzuela

En su última obra *¡Al fin solos!*, el maestro vienés Franz Lehar, el autor de tantas y tan aplaudidas operetas, ha querido apartarse de la música ligera, graciosa y elegante, de sus delicados vales de fina factura que tan grandes éxitos le han valido, y ha escrito una partitura de grandes vuelos, reveladora de profundos conocimientos técnicos y que señala nuevos derroteros en su obra musical.

No quiere esto decir que prescindiera en absoluto de aquella música, de aquellos vales; pero éstos quedan relegados en segundo término, predominando en la obra números sólidamente contruidos y admirablemente instrumentados. El hermoso dúo del segundo acto, a pesar de su larga duración, es una composición brillante, de inspiración fresca, hondamente sentida y avalorada por bellísimos efectos orquestales. Lo propio puede decirse de



Una escena de *Figaro, barbero de Sevilla*, comedia de Beaumarchais, traducción de los señores López Alarcón y Alberti, estrenada con muy buen éxito en el Teatro Eslava. — El Sr. Guirao, la Srta Palou y el Sr. García Ortega.

una preciosa romanza del mismo acto. En el acto primero hay también números musicales de gran belleza, entre ellos un *racconto* de tenor, de grata y elegante melodía, un duettino de tiple y tenor cómico, y un terceto de graciosa factura.

El tercer acto, a pesar de ser el más endeble de la obra, contiene algunas piezas dignas de elogio.

En la ejecución se distinguieron de una manera especial las señoritas Marco, Haro y Romero, y los Sres. López, Marcén y Meana.

La obra ha sido muy bien puesta en escena, con decoraciones de buen efecto de Martínez Garí y Martínez Mollá.

MADRID

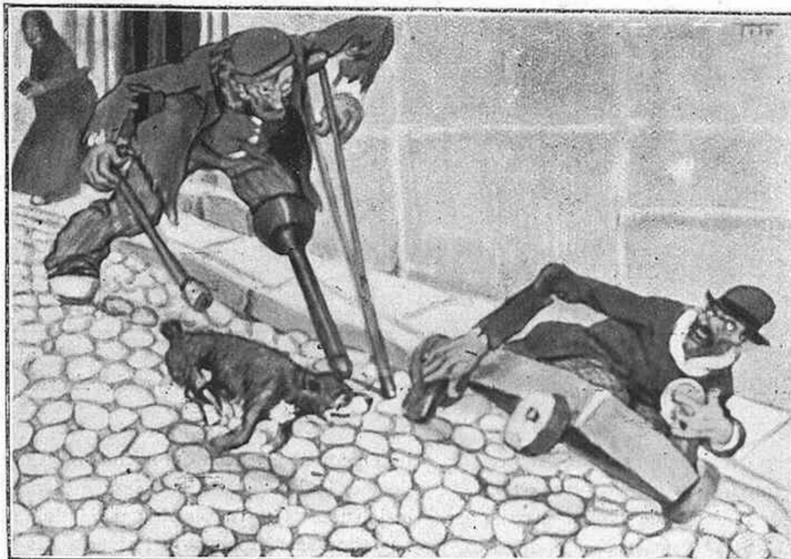
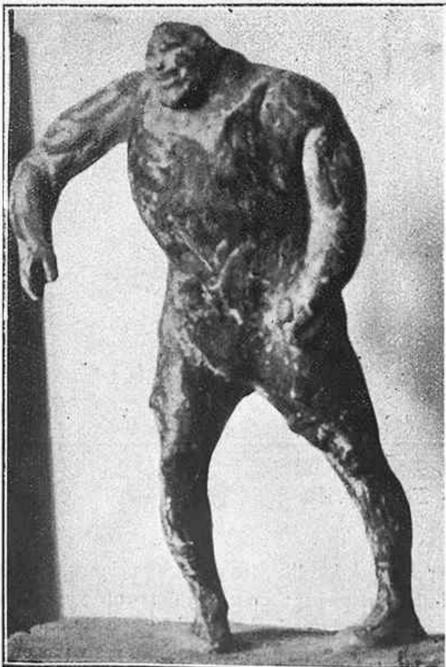
EXPOSICIÓN DE HUMORISTAS

Organizada por el ilustre escritor y crítico de arte José Francés se ha celebrado en Madrid una Exposición de Humoristas, instalada en el nuevo local adquirido por el editor de música D. Hde-tonso Alier.

Componían esta exposición numerosos dibujos de Juan Alcalá del Olmo, Francisco Manuel Bujados, *Echea*, Fernando G. Fresno, Francisco Galván, Ramón Manchón, Ricardo Marín, Felipe Márquez, Tomás Pellicer, José Robledano y Tito, y varias esculturas de Francisco Asorey y Sebastián Miran2a.

Los nombres de la mayoría de estos artistas son bastante conocidos en el arte de la caricatura para que resulte perfectamente justificado el éxito que ha alcanzado esta exposición, que ha sido muy visitada y merecido muchos y entusiastas elogios.

Como muestra de las obras expues-



Madrid. Exposición de Humoristas (Casa Alier). — El luchador, escultura de Francisco Asorey
Salir por pies, por Tito. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Pastora Imperio, por Francisco Galván

tas reproducimos adjuntas obras de Asorey, *Tito* y Galván, en las cuales campean un humorismo de la mejor ley, una gracia satírica y una amenidad elegante.

En esta exposición se ha cuidado especialmente de exhibir sólo obras que no puedan molestar a nadie ni ofender ningún sentimiento, por lo que merece también muchas y merecidas alabanzas su organizador.

POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT. (CONCLUSIÓN.)

Antes de regresar Bárbara a su casa, fué al hotel en que estaban hospedados el general y la condesa. Bárbara fué introducida en el salón y al encontrarse delante de la condesa no pudo contenerse.

nero que me debe. Cabalmente, estoy muy apurada en este momento.

La cólera de la señora Slavsky deshízose como un soplo ante la insinuación de la condesa.

Luego, acordándose de pronto de lo que la había pasado en Saxón con Ratier, montó en furiosa cólera contra el futuro tenor y se dijo:

«Ese va a ser el que pague el pato.»



... interpuso su paraguas entre el coche y la confiada Bárbara

- No sé, le dijo, cómo se atreve usted a mirarme a la cara después de todo lo que ha pasado.

- ¿Ha parecido?, preguntó la condesa algo inquieta.

- Sí. Parece mentira que a su edad se haga usted cómplice de tales horrores.

- ¡A mi edad! Tenemos los mismos años, amiga mía.

- Me lleva usted diez, replicó desdeñosamente la señora Slavsky. Pero ahora no se trata de eso... ¿Cómo es que en mi casa, durante mi ausencia, ha tolerado usted las galanterías de mal gusto del general?

- ¿Por qué dejó usted sola a su hija, faltando a sus más rudimentarios deberes?, la arrojó brutalmente al rostro la condesa, que estaba muy ofendida por las alusiones referentes a su edad. Así escarmentará usted.

- ¿Y es usted la que se atreve a darme lecciones?

- Antes de pelearnos, amiga mía, pues no quiero negarla ese gusto, será mejor que me devuelva el di-

- Ya vendré a verla uno de estos días.

- Celebraré que sea para saldar nuestras cuentas. Hace ya mucho tiempo que estoy esperando en vano mi dinero.

- Si le devuelvo a usted el que realmente me ha prestado, la suma no será considerable. Me obligó usted a firmar intereses usurarios...

- Le ruego que no pronuncie palabras desagradables..., malsonantes... Aquí no hay ningún usurero.

- ¿Y no es usura el cobrar un trescientos por ciento por una cantidad insignificante, por cuya causa mi deuda es cada año mayor?

- Si le exigí a usted crecidos intereses, la culpa no es mía. Para prestarle esa cantidad tuve, a mi vez, que pedirla prestada a otra persona que me impuso esas condiciones, de modo que yo no he ganado ni un céntimo y en cambio he tenido muchos disgustos. Además, yo no fui a buscarla a usted.

- ¡Ah!, si las cosas pudieran hacerse dos veces!, murmuró Bárbara.

Este pensamiento la infundió valor para hacer una buena retirada. Sin embargo, entró en su casa vencida y llena de una gran irritación contra sí misma y contra todos, lo que era muy natural.

El sol marchaba a su ocaso, según el lenguaje inmortal de la poesía, y Bárbara, que no había almorzado aún, pensó en que ya era tiempo de comer, cuando llamó a su puerta una visita.

Miss Amroth, que había vuelto a desempeñar las funciones de criada, abrió la puerta y anunció al señor Ratier.

Entre todas las personas a quienes no podía ver, Ratier era precisamente el que la señora Slavsky hubiese elegido, gustosa, para víctima. La antipatía que sintiera siempre hacia él, había tomado desde la víspera proporciones alarmantes. Si la sátira no estuviese ya tan gastada, diríamos que Bárbara presentía ya en Ratier a su futuro yerno, detestándole de antemano.

- ¡Ah, es usted?, le dijo con toda la acritud de

que era capaz y de la que hasta entonces sólo Boleslao podía hablar.

— El mismo, señora. ¿Me esperaba usted?

— No, voy a comer, repuso Bárbara poniéndose el sombrero ante el espejo del salón.

Ratier se sentó en el canapé que estaba enfrente de la chimenea. La señora Slavsky, volvióse a mirarle con aire altivo y desdenoso, pero Ratier no hizo caso y continuó mirándola con una dulzura angelical.

— ¿Ha venido usted a buscar sus quinientos francos?, le preguntó. Ahí los tiene usted.

La señora Slavsky sacó de su portamonedas un billete de quinientos francos que tendió a Ratier, pero como éste no adelantó la mano para cogerlo, el billete cayó sobre la alfombra.

— No he venido a buscar los quinientos francos, dijo Ratier con mucha amabilidad, sino la mano de Catalina.

— Esa broma dura ya demasiado. Terminémosla.

— Ruego a usted que me dispense, pero la cosa es mucho más seria de lo que usted cree. Tengo el honor, señora, de volver a pedirle la mano de su hija.

— Mi hija no se casaría con un incorregible jugador, con un hombre de costumbres ligeras, con un...

— ¿Acaso, porque me honro contando entre mis amigos al coronel, lo que me valió el tener el gusto de ser presentado a usted, merezco un juicio tan severo, mi querida señora?

Bárbara se mordió los labios.

— Es usted un hombre sin fortuna.

— Concédame usted la mano de la señorita Catalina y yo le probaré que tengo sesenta mil francos de renta.

— No quiero saber nada de usted ni como yerno, ni como...

— No hablaba usted así en Saxón.

Bárbara miró en torno suyo. No había nadie allí que pudiera protegerla; no tenía ningún arma que matara infaliblemente, sin hacer ruido; dirigióse, pues, hacia la puerta, exclamando indignada:

— Le cedo a usted el sitio.

El roce de su falda sobre la alfombra, y la ligera ráfaga de aire que esparció en torno, hicieron volar el billete hacia la ventana. Bárbara, irreflexivamente, se bajó a cogerlo. Al levantarse sus ojos se encontraron con la mirada fría de Ratier.

— Acaba usted de declararse vencida, señora, dijo éste tranquilamente, puesto que ha vuelto usted a tomar ese dinero; la lucha es desigual entre nosotros y debería usted ceder. ¿Sabe usted dónde está su hija?

— ¡Usted es el pretendiente que me propone la señora de Haupelles!, exclamó Bárbara acometida de una risa nerviosa. ¡Es un negocio redondo!

— Sí, soy yo... Si usted consiente en ello, sacrificándome yo algo, podemos arreglarnos perfectamente... Si me rechaza usted, empezará la guerra y usted ha de llevar la peor parte porque usted ama el dinero y yo amo a su hija. Esperaremos para casarnos a que Catalina entre en la mayor edad...

Ratier se calló mirando fijamente a su enemiga, que, no pudiendo soportar su mirada, bajó los ojos.

— ¿Quiere usted que hagamos las paces?

— Necesito ver antes a la señora de Haupelles, respondió Bárbara evasivamente.

— Está bien. ¿Cuándo me contestará usted?

— Mañana por la noche.

— Se toma usted demasiado tiempo. Será mejor al mediodía.

La señora Slavsky permaneció silenciosa.

— Quien calla otorga, afirmó Ratier. Mañana volveré a las doce en busca de su consentimiento definitivo. La señora de Haupelles conoce ya el estado de mi fortuna. Ella la dará todos los informes que necesite.

Después de haberla saludado salió Ratier. Bárbara estaba lívida de coraje y no le contestó. Cuando hubo desaparecido Ratier, dió algunos pasos por el salón, estrujando convulsivamente en la mano el billete de quinientos francos. Después, al contemplarlo, se apaciguó su cólera. Lo desarrugó cuidadosamente y lo guardó en su portamonedas, saliendo inmediatamente a la calle para ir a comer con Boleslao.

Antes de que diesen las ocho, Ratier llegó a casa de Haupelles. Poco le importaba Bárbara; así como despreciaba su insolencia y su cólera, sentíase trémulo y débil ante la voz lenta y cansada, la serena resignación y la sencilla dignidad de la señora de Haupelles. Ella era la verdadera madre de Catalina y la que debía otorgarle su mano.

Ratier penetró en la sombría habitación; la velada luz de una lámpara con pantalla le ocultaba el bello y juvenil rostro de Katia, pero reconocióla perfectamente en sus lindas manecitas que tenían un ligero temblor, al bordar bajo la luz.

Ratier se detuvo, no atreviéndose a avanzar.

— Pase usted, le dijo la señora de Haupelles, desde el rincón obscuro en que se había refugiado.

Ratier inclinóse ante ella. Sentíase torpe, tímido, vulgar; pero al levantar la cabeza vió la encantadora faz de Katia, cubierta de rubor...

— ¿Me permite usted, señora, que presente mis respetos a la señorita?, preguntó Ratier, luchando por hacer firme su voz.

— Puede usted hacerlo y decirle todo lo que tenga que comunicarle.

Ratier besó respetuosamente la mano blanca y demacrada de su protectora, y luego volvióse hacia Catalina que estaba inmóvil y más encendida que una rosa.

— Señorita Catalina, nos hemos conocido en tiempos muy duros. Yo creo que uniéndonos seríamos dichosos. ¿Quiere usted unir su destino al mío?

Katia quiso contestarle, pero no pudo. Aquel respeto, aquella manera grave y digna de hablar, formaban un contraste tan grande con las groseras galanterías de que recientemente había sido víctima, que un torrente de lágrimas afluyó a sus hermosos ojos.

— Yo puedo ofrecerle todo lo que ha soñado usted, continuó Ratier, algo inquieto a causa de su silencio...; usted dijo una vez que no se casaría más que con un hombre rico.

— ¡Qué me importa el dinero!, dijo Katia tirando su labor para acercarse a Ratier. El dinero no sabe más que hacer sufrir. Yo no quiero ni necesito el dinero para nada.

— ¿No lo quiere usted?, exclamó Ratier escuchándola con éxtasis. ¿Oye usted, señora? Dice que no lo quiere. ¡Oh, qué mujer más encantadora! Pues lo tendrá usted todo, ¡todo!, también la fortuna. Soy rico, Katia, he firmado un contrato para cantar en la Scala. Me dan sesenta mil francos por cantar diez meses, y dos meses de vacaciones. Recorreremos todo el mundo, Katia.

— ¿Va usted a cantar en la Scala?.. ¿En el teatro?.., le preguntó Katia, que no acababa de comprenderle bien.

— Sí, mi querida Katia; mas no por esto perderá usted en posición social, Catalina. Será usted la más hermosa y la más feliz de todas las mujeres... ¿Consiente usted en ser mi esposa?

— Me gustaría más que fuese usted pobre, le contestó Katia ruborizándose.

— ¡Es admirable!, ¿verdad?, exclamó Ratier emblesado, dirigiéndose a la señora de Haupelles.

— Sí, respondió ésta, conmovida.

Ratier obtuvo el permiso para sentarse junto a la mesita y hablar con Catalina. Y, ¡cosa extraña!, la presencia de la señora de Haupelles, no los cohibía en absoluto; Ratier sentíase muy dichoso al lado de Katia trazando con ella bellos y lisonjeros planes para lo porvenir, bajo la égida protectora de aquella noble mujer, bondadosa y melancólica.

De pronto hizo su aparición la señora Slavsky, que había tenido tiempo de apaciguar sus nervios y hacerse más dueña de sí misma. Por eso al ver a Ratier sentado familiarmente cerca de su hija, logró reprimir un impulso de odio y de cólera.

La señora de Haupelles se levantó para recibirla.

Bárbara se acercó a su hija, le dió un beso lleno de rencor en la frente y saludando con un leve movimiento de cabeza a Ratier, fué a sentarse al lado de la chimenea.

— Ya ve usted, amiga mía, díjole la señora de Haupelles, que he autorizado en su nombre a que su hija y Ratier se comuniquen sus impresiones y proyectos.

La señora Slavsky miró desdenosamente a Ratier, que se mantuvo imperturbable.

— No creo que persista usted en negarles el consentimiento que solicitan.

— Ahí está, replicó noblemente la señora Slavsky sacando del pecho un papel que entregó a la señora de Haupelles.

Ésta lo examinó, viendo que estaba sujeto por un alfiler al documento de la señora Slavsky otro escrito en lengua extranjera que ostentaba al pie la firma del padre de Catalina.

Entonces, la señora de Haupelles guardó ambos documentos y dió en cambio a su bella amiga un sobre lacrado.

Bárbara tomóle haciendo crujir en el sobre el papel que contenía, que produjo el ruido característico de los billetes de banco.

— ¿De modo que ya pueden comenzarse las formalidades legales para el casamiento?, preguntó la señora de Haupelles.

Bárbara dió a entender por medio de un gesto que aquello le era en absoluto indiferente.

El mutismo de la señora Slavsky exasperaba a la señora de Haupelles, que no veía en él más que una prueba de mal carácter. Tocó un timbre y trajerón.

el te, el cual sirvió Catalina con la gracia de una desposada que sabe que su novio la contempla.

El mismo Remisof se hubiese mostrado conmovido al verla tan tímida y encantadora, pero la señora Slavsky permaneció inflexible.

— Esta noche me llevaré a mi hija, dijo. Estará conmigo unos cuantos días...

Katia se estremeció y miró asustada a su protectora.

— ¿Por qué no me la deja usted?

— He hecho todo lo que usted quería, replicó Bárbara intencionadamente. Quiero llevarme a mi hija, ya que me queda poco tiempo de gozar de su presencia.

La señora de Haupelles trató de insistir, pero la señora Slavsky mostróse inexorable.

— Si no me la llevo, dijo secamente, no hay nada de lo dicho.

Katia salió del saloncito arrojando a su amiga una mirada de desesperación.

— Señora, dijo Ratier dirigiéndose a su futura suegra, ¿me permitirá usted que vaya a hacer la corte a la señorita Catalina?

— Ya se la hará usted cuando esté casado, replicó la señora Slavsky.

— Verá usted a Catalina en mi casa, dijo la señora de Haupelles con firmeza.

— Si usted quiere, añadió Bárbara con su insolencia habitual.

Catalina volvió a aparecer y su madre se la llevó en seguida. Ratier disponíase a acompañarla, pero la señora de Haupelles le retuvo.

— Me temo alguna fechoría, dijo; no me gusta la actitud de Bárbara. Sea usted prudente y vigile sin cesar.

— ¿Qué teme usted?, le preguntó Ratier con el corazón oprimido.

— Que se la lleve.

— No tiene un céntimo.

— Acabo de darle cinco mil francos.

— ¡Ah!, señora, ha cometido usted un error, exclamó Ratier. Dispénsese usted, añadió en el acto, no vea usted en esto una censura...; pero a la señora Slavsky no se la retiene más que por el dinero.

— Sí, ya veo que he hecho mal..., usted debe reparar mi error... Me tiene usted, absolutamente a su disposición a todas horas y para cuanto dinero le haga falta, por mucho que sea.

— ¡Gracias!, dijo Ratier conmovido.

Ratier salió, fué a hablar con el portero de la calle Miromesnil, por quien supo que las Slavsky acababan de entrar, y se volvió tranquilo a su casa.

No era probable, al menos por aquella noche, que Bárbara intentase una evasión; pero se prometió a sí mismo levantarse muy temprano al día siguiente.

Mientras estuvieron en el coche la señora Slavsky no dijo ni una sola palabra a Catalina, que por su parte tampoco sintió la necesidad de expansionarse con su madre.

Cuando Bárbara hubo entrado en su casa, hizo seña a su hija de que la siguiera al salón, cerró bien la puerta y sentándose en el canapé, le dijo:

— ¿Me quieres explicar qué significa todo esto?

La joven no desplegó los labios. La pregunta era demasiado complicada para que fuese fácil de responder y había que decir muchas cosas si quería desahogar su corazón.

— ¿Piensas casarte de veras con ese hombre?

— Sí, mamá, respondió Catalina.

— ¡Se ve que tienes los gustos muy selectos!, profirió su madre, despectivamente. Lo que es yo no quiero un yerno que se llame Ratier.

— Yo creí que había dado usted su consentimiento, dijo Catalina palideciendo.

— No me importa nada de lo que tú puedas creer, y lo que yo haga tampoco debe importarte a ti. ¿Qué ocurrencia has tenido de aceptar las proposiciones matrimoniales de un hombre tan mal educado?

— ¡Es que le amo!, dijo valerosamente Katia.

— ¡Conque le amas! ¿Y cómo ha sabido captarse tu afecto? ¿Con sus maneras distinguidas o con el porvenir brillante que ha hecho relampaguear ante tus ojos? Respóndeme: ¿por qué le amas?

— Porque le estimo, repuso Catalina irguiendo arrogantemente la cabeza, pero sin levantar el tono de su voz; porque es bueno, porque se ha mostrado bueno sobre todo conmigo, porque él es el único hombre que me ha querido de veras...

— Te lo figuras...

— No, mamá; lo he visto claramente.

— Dime por qué te fuiste de casa.

— Porque venía aquí gente que no me gustaba.

— ¿A quién te refieres al decir eso?

— A la condesa y al general.

— Que juzgues mal a la condesa te lo perdono, pero el general...

- No se ha portado caballerosamente conmigo...
- El general es amigo mío y debes hablar respetuosamente de mis amigos.

- Ese amigo de que blasona usted con tanto orgullo, con sus galanterías de mal gusto me ha obligado a huir de esta casa.

La señora Slavsky quedóse un momento pensativa. Aquel horror de Katia hacia el general echaba por tierra todas sus combinaciones; porque hay que saber que mientras Bárbara estaba comiendo con Boleslao, el general había entrado en el salón para suplicar a la señora Slavsky que le perdonase las libertades que habiase tomado con Katia. Allí, entre los tres personajes, y sin testigos, se acordó una alianza ofensiva y defensiva, y Josia, que llegó a la hora de tomar el café, pudo oír cómo decía el general: «Yo puedo ser necio, pero no soy malo. Piénsenlo ustedes bien y contéstenme mañana por la mañana.»

La señora Slavsky, absorta en sus meditaciones y no sabiendo cómo salir de aquel atolladero, dijo a Catalina que se fuese a acostar.

- ¡Buenas noches, señora Ratier!, le dijo irónicamente. ¡Qué apellido tan bonito!

- Al menos es honrado, repuso su hija, marchándose.

Viendo que ya era tarde y que las palabras no conducían a nada, Bárbara resolvió irse a dormir, y no se despertó hasta las nueve del día siguiente, cuando el sol, que había brillado hasta entonces esplendorosamente, velábase tras espesas nubes.

Bárbara salió de su dormitorio, se convenció de que su hija estaba en el suyo y después de haber ordenado a miss Amroth que le hiciera el chocolate, se encerró en su santuario para hacer su *toilette*.

Mientras que la vida material seguía su curso de esta suerte en la calle Miromesnil, Ratier, que había madrugado, aprovechó su actividad para tomar un avance considerable.

No habían dado las seis cuando llamó a la bohardilla de Josia. Éste se despertó, abrió la puerta y se quedó estupefacto a la vista de Ratier.

- ¡Chist!, le dijo éste llevándose el dedo a los labios. Ayer no pude verle; déme usted cuenta de todas sus maniobras y manejos.

- He gastado veintisiete francos treinta y cinco céntimos, dijo en seguida el joven.

- No es eso lo que le pregunto a usted, sino que me diga lo que sepa del paradero de Catalina.

- ¿No está en la calle Miromesnil?, preguntó Josia palideciendo.

- Ha vuelto anoche, pero estaba ayer por la mañana y no sé si seguirá allí dentro de una o dos horas.

- ¿Qué ha pasado?, ¡Dios mío!, gimió Josia.

En pocas palabras Ratier le puso al corriente de lo que era indispensable que supiera, añadiendo después:

- Dentro de tres semanas, así se ponga el diablo por medio, se llamará señora de Ratier.

- ¿Se casa usted..., se ca... sa usted con ella?, le preguntó Josia, cuyo rostro demudóse de improviso.

- Dispénsame usted, amigo mío... Se me olvidó... ¡Qué necio soy! Aseguro a usted, Josia, que no quise afligirle de esa suerte...

- Ya lo sé, Ratier, ya lo sé... No haga usted caso... Ha sido el primer momento nada más... Ya pasó y aquí me tiene usted tan contento, sí, tan contento... Prefiero que sea usted, mejor que otro, se lo aseguro.

- ¡Qué buen muchacho es usted!, murmuró Ratier conmovido. ¡Qué lástima que no haya dos Catalinas!

- Usted es muy bueno, dijo Josia con su plañidera sonrisa. Pero estoy muy contento porque será usted bueno con ella.

- Así lo creo, dijo Ratier poniéndose grave. Ahora comprenderá usted, Josia, que más que nunca debemos unirnos para salvarla.

- Pero casándose usted con ella, ya no tiene nada que temer.

- Usted no conoce a Bárbara. Ayer noche dió su consentimiento a las diez y a las once se había ya arrepentido.

- Eso no puede ser, exclamó el ingenuo secretario.

- Lea usted lo que una mujer desconocida, un ángel quizás que supongo es miss Amroth, dejó para mí en la portería de mi casa.

El billete decía lo siguiente:

«Mi madre me ha dicho, terminantemente, que no quiere que me case con usted. Estoy segura de que va a sacarme de París. No me abandone usted. *Katia*. (A las cuatro de la madrugada.)»

- ¡Pobre Katia! No, no la abandonaremos.

- Josia, desde hoy estará usted constantemente en el café. Va usted a alquilar un coche para todo el día; hay en mi calle una cochera donde puede hallarse un hombre de confianza... Se lo llevará usted

consigo al café. Al menor movimiento que note usted en el exterior de la casa sitiada, me avisa usted por medio de un mandadero que suelo yo emplear a menudo y que estará a sus órdenes en la taberna inmediata. Yo estaré en mi casa, o en casa de la señora de Hauppelles o con usted.

- ¿Y qué hay que hacer si no estuviese en ninguno de esos sitios y quisieran llevársela?, preguntó inquieto Josia.

- Eso que dice usted, querido, puede ser tan imprevisto, tan extraordinario que no puedo trazarle ningún plan. Si no puede usted conseguir que le siga Catalina o apoderarse de ella, sigala a todas partes en coche, en ferrocarril, al hotel en donde se hospede, al fin del mundo y telegráficamente. Si logra usted robarla, llévela a Montmartre.

Y dió a Josia las señas de la señora Feraud con una cartera bien henchida de billetes. Luego separóse de él para trazar sus planes, dejando al pobre secretario muy inquieto por su responsabilidad.

Por más que el coronel esperó a Josia a la hora acostumbrada, no le vió aparecer por ninguna parte. Interrogó entonces al camarero, que le dijo que el señor Josia estaba desde muy temprano en la calle.

El coronel pensó que su secretario andaría buscando fondos para la letra que vencía al día siguiente.

Mientras Bárbara y su hija tomaban el desayuno, miss Amroth entró a anunciar al general Tomine.

Al oír su voz, Catalina se estremeció, corriendo a encerrarse en su cuarto. La señora Slavsky, más aguerriada, le esperó a pie firme.

- ¿Ha reflexionado usted ya?, le preguntó el general.

- Me han pedido la mano de mi hija, replicó Bárbara, y le confieso a usted...

- ¿Y va usted a preferir ese pretendiente? Confieso que soy algo viejo, pero nunca es tarde para casarse. ¿Qué opina usted, mi bella amiga?

La señora Slavsky resistióse aún un poco, pero el general era un hombre obstinado y enérgico, y no tuvo más remedio que ceder. Por otra parte, estaba segura de que Tomine la prestaría dinero después de su casamiento, mientras que de Ratier estaba segura de no obtener más que impertinencias.

- ¿Cuándo es la boda?, preguntó Tomine, irguiéndose arrogantemente.

- Cuando usted quiera, pero no en París; no quiero que me fastidien...

- Hace usted bien, dijo el general. Entonces lo mejor es que se vayan ustedes a un balneario de Alemania... Yo iré a reunirme con ustedes dentro de ocho días... ¿Cuándo se irá usted?

- Dentro de una hora. Si me quedo, ese joven de que le he hablado, al verse preterido por usted, vendrá a importunarme con sus súplicas... No ha de tardar en venir a buscar la respuesta, y no quiero soportar sus lamentaciones.

El general besó galantemente la mano de su futura suegra.

- He dicho que me iría, añadió ésta, pero ¿con qué dinero? Ya sabe usted que lo perdí todo en Saxón.

- Aquí no tengo más que mil francos... ¿Los quiere usted?

- ¿Qué quiere usted que haga yo con mil francos? No voy a dejar a Boleslao sin un céntimo.

- ¡Que vaya después a reunirse con usted! Yo se lo llevaré. ¿Está usted satisfecha?

Aunque la señora Slavsky no estaba satisfecha del todo, sentía más satisfacción interior de la que aparentaba.

- ¿Puedo besar la mano de mi bella prometida?

- General, después de la torpeza que cometió usted el otro día, me temo que no sea usted bien recibido.

- Pero si ella no desea más que casarse. Lo ha dicho cien veces. Ella quiere un hombre rico; y yo lo soy.

- Sin embargo...

- No lo dude usted... Katia es muy razonable y no pondrá ningún obstáculo.

- Está muy bien, general; pero ahora váyase y déjeme hacer mis preparativos de viaje.

- ¿He de irme sin ver a Katia?

- Ya la verá usted después.

La señora Slavsky le indicó el balneario a donde pensaba dirigirse, y el general se fué.

En cuanto hubo salido, la señora Slavsky entró en el aposento de Katia.

- Nos vamos, dijo; haz tus preparativos.

- ¿A dónde?, preguntó Katia, a quien no la cogía ya nada de sorpresa.

- A un balneario de Alemania. Despacha, Catalina, porque el tren sale a las dos.

- Mamá, ¿sabe el señor Ratier que nos vamos?

- Estoy ya de ese hombre hasta la coronilla. Pocas palabras y escoge lo que quieras llevarte.

Bárbara salió del aposento, dejando entregada su hija a la más espantosa desesperación, al sentirse impotente. Miss Amroth la dijo que el general había estado hablando mucho tiempo con su madre, despidiéndose de ella con aire muy satisfecho. Esto le parecía a Katia un siniestro presagio.

Para refrescar sus ojos abrasados por el insomnio, asomóse a la ventana y miró maquinalmente a la calle. Desde la mañana estaba allí el mismo coche, lo que era poco interesante. Miró algo más lejos y le pareció ver entrar a Josia en el café vecino. Llena de asombro echó el busto fuera del alféizar de la ventana y convenciéndose de que no la habían engañado sus ojos, de que era el mismo Josia en persona que, después de cambiar algunas palabras con el cochero de aquel coche misterioso, entró en el café.

- Estando ahí Josia, el coronel no debe andar muy lejos, pensó Katia. Estoy perdida, perdida por completo. Si intento escaparme el coronel me alcanzará con su coche.

De pronto apareció Ratier en el extremo de la calle y a pesar del enorme paraguas que llevaba, Katia le reconoció en seguida, y su corazón latió fuertemente al ver que se aproximaba al café y miraba hacia su ventana; un instintivo sentimiento de pudor la hizo retirarse vivamente.

Katia no quiso que Ratier la sorprendiese mirándole, pero la necesidad, el peligro inminente que corría hicieronla vencer aquel primer impulso y se inclinó sobre la balastrada, con el lindo rostro encendido de rubor.

Ratier la vió, le hizo una seña imperceptible y se metió en el café.

Aquella seña quería decir: «Escriba usted.» Pero, ¿qué iba a escribirle? ¿Y cómo hacer llegar hasta él su esquela?

Quedóse, pues, mirando con tristeza el café en donde acababa de desaparecer su única esperanza.

- ¿Ya has hecho tus preparativos, Catalina?, le preguntó su madre, desde el umbral de su cuarto.

La joven se estremeció y volvióse hacia ella. Bárbara se puso furiosa al ver que su hija no había hecho nada. Estaba muy lejos de sospechar que se hallaba en correspondencia con Ratier. Tenía demasiada fe en sí misma para desconfiar de nada. Su único temor consistía en que Ratier se presentase de repente y por eso apresuraba la marcha.

Bárbara, sin solicitar la ayuda de su hija, cogió su ropa y metióla apresuradamente en su baúl. Al cabo de una hora estuvieron hechos todos los preparativos.

Más de una vez Ratier y Josia hicieron breves apariciones en la acera, dando a entender a Catalina que aquel coche misterioso estaba destinado para ella. Por fin estuvo hecho el baúl y la señora Slavsky dió a miss Amroth la orden de decirle al portero que fuese a buscar un coche.

La pobre irlandesa, pálida de angustia y sintiendo la misma inquietud que su señorita, fué a comunicar a Katia la orden maternal.

- Vaya usted, le dijo Katia, y dígame usted a esos señores que están abajo, que me sacan de aquí. Yo voy a entretener a mamá.

Miss Amroth bajó como una flecha. Su cariño hacia Catalina iba unido a una gran aversión a la señora Slavsky que la trataba duramente, la hacía trabajar como un caballo y nunca le pagaba.

Mientras cumplía su encargo, Catalina se mostraba a su madre todavía en traje de mañana.

- Pero ¿aun no estás lista?, gritó la señora Slavsky. ¿Te has propuesto que nos encuentre aquí ese antipático Ratier? Vístete y pronto.

Catalina vistióse lentamente, vigilada por su colérica madre. En el momento en que se ponía el sombrero, volvió miss Amroth, diciendo:

- Abajo está el coche.

El portero pasó delante llevando el baúl, luego la señora Slavsky empujando a su hija y detrás miss Amroth.

Llovía a torrentes. La portezuela del coche estaba abierta y una porción de bultos obstruían la banqueta delantera.

Bárbara hizo subir a su hija al coche y se sentó a su lado.

Catalina, viéndose perdida, despedíase ya mentalmente de Ratier, cuando de pronto oyó la voz de Josia. Éste, que llevaba un gran paraguas, en el cual Catalina reconoció en seguida el de Ratier, llamaba a la señora Slavsky a voz en cuello.

- Está en el coche, le dijo miss Amroth.

- ¡Ah!, señora Slavsky, por fin la encuentro a usted..., vengo de parte del coronel..., traigo un mensaje urgente... y secreto.

Bárbara creyó que ocurría algo grave.

— Hable usted, dijo nerviosamente.
— A usted sola, señora... No puedo decirse de delante de Katia.

La señora Slavsky bajó del coche, de muy mal humor, apoyada en la mano que le tendió Josia, quien, entrando en la acera, interpuso su paraguas entre el coche y la confiada Bárbara.

— ¿Qué pasa?
El coronel me ha dicho..., he corrido tanto que casi no puedo hablar..., el coronel me ha encargado que le diga...

En aquel mismo momento, Ratier, abriendo la otra portezuela, cogió a Catalina por la mano, la hizo bajar, la metió en otro coche, sentándose a su lado, y partió con ella precisamente en el instante en que la señora Slavsky le decía impaciente al secretario:

— ¿Me dirá usted por último el recado del coronel?

Josia, al ver que ya había desaparecido el coche, cerró valerosamente el paraguas.

— He venido con tanta precipitación que se me ha olvidado por el camino... Vuelvo al hotel y dentro de un cuarto de hora...

— ¡Qué desdicha tan grande es el haber nacido tonto!

Bárbara volvió hacia el coche, lanzando poco después un grito de desesperación... La otra portezuela estaba abierta y Katia había desaparecido.

— Esto estaba ya tramado de antemano, exclamó Bárbara, pálida de rabia; ¡y ha sido usted, idiota..., miserable!.. Cochero, ¿a dónde ha ido mi hija?

— No sé nada, señora, respondió el cochero.

La señora Slavsky desatóse entonces en improprios contra todo el mundo, contra Josia, contra la irlandesa, contra el cochero, a quien acusaba de complicidad. El cochero bajó del pescante y se mezcló tan enérgicamente en la conversación, que a pesar de la lluvia empezó a formarse un corrillo y el portero se vió obligado a intervenir.

Bárbara hizo bajar su baúl y quiso subir al coche, pero el cochero, que le guardaba rencor, echó a andar sin esperarla y se encontró sola y sin paraguas bajo el chaparrón que aumentaba en aquel momento.

Furiosa, y llena de odio contra todo el género humano, subió a su casa en busca de un paraguas; pero miss Amroth, durante la disputa había desaparecido con la llave y se vió obligada a llamar a un cerrajero. Bárbara halló mucho más tarde la llave y a la irlandesa en casa de la señora de Haupelles, donde Josia la aconsejó que se refugiase.

Durante un largo espacio de tiempo reinó el silencio en el interior del coche que llevaba a Katia hacia lo desconocido. Todavía bajo la influencia de sus recientes temores, asombrada de una liberación tan extraordinaria, pero tranquila respecto al porvenir, la joven guardaba silencio, y Ratier, por su parte, tampoco sentía el deseo de desplegar los labios; deslumbrado por su triunfo, tenía necesidad de un poco de recogimiento. Al cabo de unos cuantos minutos dirigió, sin embargo, la palabra a Katia, en voz baja:

— ¿No quiere usted saber a dónde vamos?

— ¿No vamos a casa de la señora de Haupelles?

— No, porque allí la encontrarían a usted en seguida. Vamos a casa de unos amigos míos de Montmartre, los mismos de los que le di a usted las señas. Son muy buena gente y allí estará usted muy bien hasta el día de nuestra boda.

Catalina se puso muy encendida, pero no fué de vergüenza ni de cólera.

— ¿Ha consentido usted en aceptarme por esposo voluntariamente, Catalina?

— Sí, repuso la joven en voz queda.

Ratier sentía vivos deseos de besar la manecita enguantada, pero le contuvo un sentimiento de delicadeza.

— Habrá que recompensar a miss Amroth, dijo de pronto Katia volviendo el lindo rostro a su futuro, pues sin ella estaría yo ahora camino de Alemania,

— Tiene usted razón. Y también a Josia, al pobre Josia que ha perdido su empleo, pues el coronel le despedirá en el acto.

— Mi madre no consentirá nunca en nuestro casamiento. ¿Qué hará usted?

— Consentirá. No esté usted inquieta. La señora de Haupelles se encargará de ello.

La señora Feraud a quien Ratier había mandado hacia dos horas un telegrama, previniéndola, esperaba con inquietud el desenlace de la crisis.

Grande fué su sorpresa al ver bajar del coche a aquella joven esbelta y graciosa a quien el hábito de la buena sociedad comunicaba tan gentil soltura de ademanes y movimientos.

Cuando un cuarto de hora más tarde llegó Jacobo para almorzar, quedóse sorprendido de la gracia y modestia de Catalina. Mientras que Katia y la niña se hacían grandes amigas, Ratier condujo al matri-

monio al aposento vecino y contóles a grandes rasgos los recientes sucesos.

— He creído poder contar con vosotros como conmigo mismo. Cuando os pedí un asilo para ella no pensaba que llegara a ser mi mujer, y ahora os doy las gracias dos veces. La dejo en vuestro poder y voy a referir a la señora de Haupelles el buen éxito de mi empresa.

Cuando Ratier iba a salir, Josia llegó jadeante.

— Puesto que está usted aquí, Josia, vamos a aprovechar sus servicios. Ante todo le damos las gracias más sinceras por la habilidad con que ha manejado mi paraguas. Y ahora me hará usted el favor de llevar al buzón del Observatorio una carta que va a escribir la señorita Slavsky.

— ¿Por qué al del Observatorio?, preguntó Josia atónito.

— Para despistar; estamos en Montmartre y es preciso que la carta esté franqueada al otro lado del río; así nos buscarán por allí...

Ratier entró en la habitación donde Katia se había quedado con la niña, volviendo a salir al poco rato.

— He aquí la carta. Voy a leerla en voz alta para que todos se enteren. «Mi querida mamá: Estoy en sitio seguro y en casa de personas honradas. Cuando haya usted consentido en mi casamiento con el señor Ratier y entregado a la señora de Haupelles todos los documentos necesarios, tendrá usted noticias mías. Su hija que la quiere, *Catalina Slavsky*.» Creo que no puede estar más clara. Tome usted, Josia, vaya a echarla al buzón del Observatorio, como le he dicho.

— ¿No sería mejor que la echase en el buzón de Luxemburgo?, apuntó tímidamente Josia. No me he desayunado aún y está muy lejos.

— Concedido. Almuerce usted y luego emplee sus ocios paseando por París, pues me temo que se haya roto la cadena que le ligaba a Boleslao. Me encontrará usted en mi casa a la hora de comer. Comeremos juntos.

Josia partió para cumplir su misión y Ratier corrió hacia la casa de la señora de Haupelles, mientras Katia sentábase a la mesa con la familia Feraud.

La primera preocupación de Bárbara fué correr a casa de Boleslao.

Éste almorzaba tranquilamente sin sospechar el papel que le hacía desempeñar su secretario, de modo que por poco le da un ataque de apoplejía, en cuanto supo que Josia le había hecho traición.

— Estoy perdido, exclamó. Sabe muchas cosas importantes que me pueden comprometer.

— No se trata de usted, dijo Bárbara; hay que encontrar a Katia.

— ¿Y el vencimiento de mi letra? Es pasado mañana.

— Aun le queda a usted tiempo para pensar... Pero ¿dónde estará Katia? ¡Ah, si yo pudiese echarle la mano a ese infame de Ratier que es el autor de todo esto! ¿Qué voy a decirle al general?

Después de haber reflexionado sobre lo que debía hacerse, y de haberse peleado también, los dos amigos separáronse; y Bárbara se fué a ver a la señora de Haupelles, en busca de alguna noticia o indicio. Pero su amiga no quiso recibirla de ningún modo y vióse obligada a volver a la calle de Miromesnil.

A eso de las tres llaman a la puerta y como estaba sola, Bárbara misma fué a abrir, viendo con indecible asombro aparecer a Remisof, de quien se había olvidado por completo.

— Señora, dijo el joven en cuanto estuvo sentado, sé que no me he portado correctamente con usted y vengo a presentar mis disculpas.

La señora Slavsky le miró sorprendida.

— Temo no haberme portado con la señorita Catalina todo lo caballerosamente que debiera... Ratier me hizo ver mi falta en Saxón.

— ¿Ratier?

— Sí, señora; me habló de mi conducta con una elocuencia... En fin, que no me he portado bien y vengo a pedir a usted la mano de Catalina.

Aquello era demasiado. Bárbara se cubrió el rostro con las manos, lanzando un gemido.

Remisof, creyendo que aquella sacudida nerviosa era debida al alborozo que habían producido sus palabras en el ánimo de la señora Slavsky, precipitóse a socorrerla, pero ella le rechazó con violencia.

— ¡Salga usted de aquí!, le dijo furiosa. ¿No se avergüenza usted de burlarse así de...

Pero al ver en el semblante de Remisof que sus palabras eran sinceras, la señora Slavsky se agarró a ellas como un ahogado a un clavo ardiendo.

— ¿Habla usted de verdad?

— Nada más cierto, señora... Yo comprendo que Catalina esté enojada conmigo, pero no creo que usted sea tan rigurosa...

— Hablaré con mi hija, dijo Bárbara levantándose.

— ¿Sabré pronto?..

— Dentro de dos días.

— Si me permitiese usted defender mi causa en presencia de la señorita Catalina.

— No puede ser..., en este momento mi hija ha salido.

Remisof observó entonces el desorden que reinaba en la sala.

— ¿Van ustedes a hacer un viaje?

— Tenía ese proyecto, pero ya he cambiado de idea... Además, la proposición de usted modifica mis planes...

Remisof se dejó acompañar hasta la puerta. En cuanto hubo salido, Bárbara se puso a recorrer a grandes pasos el salón, derribando las sillas como si cada una de ellas fuese un Ratier.

Cuando después de este inocente desahogo, volvió la calma a su espíritu, se sentó en uno de los sillones que se habían librado de su cólera y se sumergió en una profunda meditación. Pero por más que se exprimió el cerebro, la inspiración no acudió en su ayuda y acabó por reconocer que no la quedaba más remedio que esperar.

Así estuvo durante mucho tiempo, cuando de pronto, volvieron a llamar. La aterraba tanto la probable visita del general, que en vez de abrir se limitó a entreabrir la puerta del salón para escuchar desde lejos.

En vez de oír la respiración jadeante del viejo Tomine cuando había subido los tres pisos, oyó una tosecilla seca y el ruge ruge de una falda de seda. A poco sonó otro campanillazo.

«No es Katia, dijo Bárbara. Ella llevaba un traje de lana... Pero es una mujer... ¡vamos!»

Fuó a abrir la puerta y se encontró con la persona en quien menos pensaba en aquel momento, con la propia señora de Haupelles.

No se cruzó ninguna palabra entre las dos mujeres hasta que la visitante estuvo sentada en el salón. No era ocasión aquella de vanas palabras, y Bárbara ni siquiera recurrió a las frases de cortesía que atenúan siempre el primer choque.

No se atrevían a mirarse; la señora Slavsky, a causa de la turbación que la embargaba, y la señora de Haupelles por delicadeza..., quizás por repulsión.

— ¿Quiere usted decirme dónde está mi hija?, preguntó por fin Bárbara, creyendo alejar así la tempestad que se le venía encima.

— ¿Quiere usted decirme, repuso la señora de Haupelles, tranquilamente, por qué ha querido usted irse esta mañana sin advertírmelo, infringiendo de este modo nuestro convenio?

— Yo no prometí quedarme en París, replicó la señora Slavsky recobrando poco a poco su impudencia nativa, perfeccionada por la civilización.

— Concedido, pero usted me prometió el consentimiento del padre de Catalina, arrancándome por ello cierta suma y me ha entregado usted un documento sin valor que no tiene nada que ver con el matrimonio de su hija... Me suponía usted demasiado cándida al creer que yo no había de traducir ese documento.

— ¿Quién se lo ha traducido?, preguntó Bárbara inquieta.

— Un traductor de la embajada de Rusia.

La señora Slavsky palideció. Si se enteraban de sus asuntos en la Embajada, estaba perdida.

— Ha dado usted un mal paso. Déme usted el consentimiento del señor Slavsky... Le ruego que lo haga por las buenas.

— ¿Por qué?

La señora de Haupelles se puso de pie y sin apresurarse avanzó dos pasos hacia su antigua amiga.

— Si se niega usted, incurrirá en el delito de estafa; yo le he dado a usted cinco mil francos por un documento apócrifo... Eso es muy grave y puede costarla a usted muy caro.

Bárbara reflexionó un momento.

— No quiero darle mi hija al señor Ratier.

— ¿Porque ella le ama?

— Porque yo le detesto.

— Esa no es una razón.

— Tengo un partido mucho más brillante.

— ¿El general Tomine?

Bárbara miró a su amiga, sorprendida.

— ¿Tiene usted que decir algo en contra de ese enlace?

— Mucho; en primer lugar el general es un viejo libertino, y en segundo lugar Katia ama a Ratier y ésa es la suprema razón.

La señora Slavsky se encogió de hombros.

— No me refería al general, sino a Remisof.

La señora de Haupelles había oído hablar vagamente de Remisof, pero no le conocía.

— ¿Qué tiene eso que ver si con quiere casarse Ca-

talina es con Ratier? Vamos, déme usted ese documento. Esto dura ya demasiado.

- No. ¡No puedo consentir en ese matrimonio!

- Está bien, me dirigiré a la Embajada.

La señora de Haupelles se encaminó hacia la puerta.

Bárbara vio que no le quedaba más remedio que ceder.

- Soy la más infortunada de las mujeres, exclamó; hoy se me han presentado tres pretendientes para mi hija, y se me obliga a aceptar al menos rico y al más antipático. Y cuando estoy llena de trampas y apuros y necesito más dinero es cuando mis enemigos se echan todos encima de mí, para acabar de arruinarme.

La señora de Haupelles se detuvo un momento antes de salir.

- El señor Ratier me ha dicho que en cuanto le acepte usted voluntariamente por yerno pondrá a su disposición una suma de diez mil francos que reservaba para un caso extraordinario... Así podría usted salvar al coronel Marievitch, pero ya que se niega usted...

Bárbara sacó de uno de sus bolsillos una carterita y de ella un papel firmado, sellado y escrito en francés, que dejaba en blanco el nombre del esposo que eligiera Catalina, y se lo entregó a su visitante.

- ¿Cuándo tendrá el coronel ese dinero?, preguntó Bárbara con voz más acariciadora.

La señora de Haupelles leyó atentamente el documento y, convencida de su autenticidad, guardólo en sitio seguro.

- Mañana mismo pagará el señor Ratier ese dinero. Que le presenten a él las libranzas.

Bárbara hizo una mueca de disgusto. Ella hubiera preferido dinero contante y sonante, y no el pago de una deuda, lo que reducía los diez mil francos al estado quimérico de un vapor impalpable exhalado por la ventanilla de un restaurán ante las narices de un pobre diablo muerto de hambre. Pero no podía oponerse.

- Se me figura que Katia volverá ahora a mi lado.

- No cuente usted con eso, replicó francamente la señora de Haupelles. Está bien donde está y no se moverá de allí.

- ¿Dónde está?

- Lo sabrá usted el día de la boda.

- Es usted muy dura, exclamó Bárbara llevándose el pañuelo a los ojos.

- Yo no opino de ese modo, dijo lacónicamente la señora de Haupelles. Déme usted todos los papeles de su hija para que su novio apresure las amonestaciones.

- ¿Por qué tanto apresuramiento?

- Démelos usted o le devuelvo el consentimiento y me voy a la Embajada.

Bárbara fué a buscar los papeles y la señora de Haupelles se marchó en seguida.

No obstante, al despedirse de ella, sintió algo de piedad hacia aquella mujer tan cruelmente castigada en su orgullo.

- Puede usted ver a su hija en mi casa.

- ¡Gracias! Prefiero verla en la iglesia, ya que no quiere usted devolvérmela. El papel con que me brinda usted, no puede aceptarlo la dignidad de una madre.

La señora Slavsky, después de haber acompañado a la señora de Haupelles hasta la puerta, se sentó en el canapé.

Aquello era la ruina de todas sus esperanzas. ¡Qué desengaño tan amargo!

Como siempre, fué a consultar a Boleslao.

La señora de Haupelles encaminóse a Montmartre. Al entrar en la modesta morada de los Feraud, llamó la atención el cuadro que se ofreció a sus ojos.

Sentada al lado de la mesa del comedor, que iluminaban los rayos del sol occiduo, con los cabellos desordenados aún, porque acababa de jugar con la niña en el jardín, Katia estaba remendando concienzudamente unos calcetines de hombre. La tarea era algo difícil para ella, pues estaba muy encarnada y de cuando en cuando lanzaba un suspiro.

La niña, encantada con su nueva amiga, había acabado por dormirse sobre un taburetito y su cabeza rubia de desordenados rizos, reposaba en el abandono de la edad, sobre las rodillas de Catalina.

La señora Feraud, algo intimidada por la presencia de una gran dama como la señora de Haupelles, recibióla al principio en el salón; pero no quiso privarse del gusto de hacerla ver aquel delicioso cuadro de interior.

Catalina, turbada al verse sorprendida de aquel modo, quiso levantarse; pero la pequeña durmiente lanzó entonces un ligero gruñido, volviendo entonces a sentarse la joven, risueña y ruborizada.

- ¿Qué haces ahí, Katia?, le preguntó la señora de Haupelles.

- Aprendo a remendar calcetines, dijo Katia, más encendida cada vez.

- Yo quería que empezara por los de la niña, pero ha preferido mejor remendar los de mi marido... ¿No sabe usted? También ayuda a guisar a la criada.

La señora de Haupelles sonrióse, y Catalina tampoco pudo reprimir una leve sonrisa. Así es como comenzaba su aprendizaje de mujer casada.

- Me gusta, hija mía, que aprendas las virtudes domésticas... Estás para eso en buena escuela... Es lo que acabo de decir a tu madre que te autoriza a que te quedes aquí.

La excelente Luisa y Catalina cruzaron entre sí una alegre mirada.

Queríanse ya tiernamente, pues la niña había establecido entre ellas una rápida unión.

- Tu boda se celebrará lo más pronto posible. Traigo ya todos los papeles necesarios.

- ¿Cuándo cree usted que será?, preguntó tímidamente Catalina.

- Dentro de unos doce días.

Katia ruborizóse, pero no dijo nada. Doce días era un transcurso muy breve de tiempo; pero temía caer antes en manos de sus enemigos. La señora de Haupelles se separó de ella completamente tranquila acerca de su porvenir.

Ratier fué por la noche y se encontró a Feraud que hacía todos los esfuerzos imaginables para poder pasar un pedazo de carne condimentada por Katia según *La cocina burguesa*, pero que era completamente incomible.

Las buenas noticias que había llevado allí la señora de Haupelles le pusieron de tan buen humor, que a eso de las once Feraud y su mujer tuvieron que echarle, alegando que era necesario dormir, sobre todo cuando se ha reído uno tanto.

A la salida, pasó por delante de un ventorrillo, uno de esos auténticos y raros ventorrillos que se encuentran todavía en París, y en el que se celebraba la boda de una planchadora. Iluminaban los empujados y cenadores del jardín faroles poco brillantes, pero al abrigo de las ráfagas de viento. Algunos cantaban y otros bebían sendos tragos de jarabe de grosella con agua de Seltz.

La novia, de pie, dentro de un gran columpio, balanceábase vertiginosamente. Su vestido blanco y su ramo de azahar desaparecían a cada momento entre las hojas de un gran castaño en flor que dejaba caer sobre las mesas una lluvia de pétalos de un blanco rosado.

El marido, de levita, con la flor de azahar en el ojal, inquieto, pálido, un poco huraño, visiblemente aturdido, parlamentaba en la acera con dos cocheros recalcitrantes.

- Así estaré yo la semana próxima, dijo Ratier. Pero no; eso es muy tonto. Quiero tener una boda como nadie haya visto todavía.

Y cumplió su palabra.

Gracias a los buenos oficios de la señora de Haupelles, pudo llevar a Katia a la iglesia y a la alcaldía en muy breve plazo. Allí se encontraron con Bárbara, el coronel y el pálido Josia. Remisof estaba más malhumorado y más gruñón que nunca, pero esta vez tenía razón, porque Katia apareció ante los ojos de todos maravillosamente hermosa.

- Llega usted demasiado tarde, le dijo Ratier cuando después de la ceremonia se acercó a felicitar a los desposados, pero no crea usted que por eso le guardo rencor.

Y le dió un apretón de manos a causa del cual tuvo Remisof dolorido durante dos días, el hombro derecho.

La comida efectuóse en un restaurán tranquilo donde ¡oh, maravilla! no conocían a Ratier. Por esta razón lo había escogido y el banquete transcurrió sin que se faltara para nada a las reglas más absolutas del decoro. Como que los esposos no salían para Italia hasta las ocho y media de la noche, tratábase de pasar el día, inventando cualquiera diversión.

La señora Slavsky mostrábase muy severa y muy digna. El coronel, como ya había conseguido lo que quería de Ratier, se aburría. En vista de que a nadie se le ocurría nada, el novio fué el que tuvo que organizar la fiesta.

- Puesto que nadie me contradice, propongo que abandonemos nuestro traje de etiqueta y que nos vistamos como todo el mundo. Me parece que lo que digo es razonable.

Como nadie protestó, Catalina y la señora Feraud se fueron a cambiar de traje; y la joven desposada no tardó en volver con un traje de viaje muy lindo y sencillo, escogido por la señora de Haupelles.

- Pues ahora, dijo Ratier, nos vamos al Bosque de Boulogne, a ver las bodas de los demás. Así po-

dremos burlarnos de ellos a nuestro sabor, sin que ellos tengan ocasión de tomar el desquite.

En el momento de subir al coche el escaso séquito, pues Bárbara y el coronel se habían ido, pretextando la una su jaqueca, y el otro sus negocios, Ratier, llevándose a un lado a Josia, le dió una orden en voz baja.

- ¿A dónde vamos?, le preguntó Luisa Feraud.

- Es un misterio que se sabrá con el tiempo, repuso Ratier cerrando la portezuela.

Los dos coches pusieron en marcha, no tardando en llegar al Bosque de Boulogne, que ostentaba el polvillo dorado y luminoso de los días de verano. El héroe de la fiesta hizo bajar a sus invitados cerca de la estación de las barcas. Procuróles sillas y se pusieron todos en fila para ver pasar a la gente.

Al cabo de un cuarto de hora se les reunió Josia.

- ¿Cuántos?, le preguntó Ratier.

- Diecinueve, respondió el exsecretario, pues había renunciado a sus funciones, más honoríficas que lucrativas.

La señora de Haupelles le había proporcionado en una oficina particular un empleo de tres mil francos, con la promesa de un ascenso. Josia no había soñado nunca con semejante fortuna y se prometió hacer economías, a fin de poder oír cantar en italiano a su amigo *il signor Ratiero*.

- ¡Cómo! Ahí vienen nuestros coches, dijo de pronto Katia reconociendo las dos berlinas que los habían llevado a la iglesia. ¿Por qué se pasean vacías?

En la segunda berlina, abierto completamente, y llenando todo el espacio a causa de la extensión de la armadura, pavoneábase el paraguas que había reconquistado a Catalina al amor de su esposo.

- ¿Qué es eso?, preguntó la novia no comprendiendo el objeto de aquella mascarada?

- Ese es nuestro estandarte, Catalina, respondióla su marido con aire grave. Ya que nos ha ayudado, justo es que le tributemos este honor.

Al pronunciar estas palabras históricas iba contando con los dedos: uno, dos, tres, a medida que desfilaban lentamente con noble majestad una numerosa procesión de coches de la compañía «de quatre places a grille» especiales para transportar a los viajeros y sus equipajes.

Todos los los cocheros lucían una cinta blanca en el ojal y todos los vehículos estaban vacíos.

Cuando hubo contado hasta diecinueve, Ratier se volvió hacia sus invitados.

- ¿No les parece a ustedes una idea muy luminosa la de hacer que se paseen así tantos coches vacíos? Es majestuoso y sin embargo no quiere decir nada. Equivale a muchos discursos... sin política.

Durante dos horas el París elegante que asiste al Bosque antes de comer vió desfilas con un asombro indescriptible a aquellos diecinueve coches vacíos que escoltaban el paraguas de honor.

Hicieron las suposiciones más inverosímiles ante la extrañeza del caso. Se habló de un inglés que había hecho una apuesta con un americano, fabricante de paraguas que paseaba así un reclamo, y nadie, salvo los invitados que a duras penas podían reprimir las carcajadas, sospechó que aquello era la boda de Ratier.

Para colmo de honor, los periódicos bien informados reprodujeron al día siguiente el relato de aquella extravagante cabalgata, y hasta a Florencia llegaron por medio de la prensa los ecos de su sorprendente mixtificación.

El coronel se ocupa actualmente en estudiar la hierba descrita una vez por Ratier, pero la compañía de cerillas le hace una guerra sin cuartel. Ya era tiempo de que viese surgir ante sí algunos obstáculos, pues desde que Ratier arregló sus negocios y pudo pagar sus deudas, había caído en un inquietante marasmo. Pero ahora tornaba a rejuvenecerse.

Miss Amroth está colocada en una casa donde le pagan su sueldo y cree poder acostumbrarse con el tiempo a semejante anomalía.

La señora Slavsky ha hecho un cálculo muy acertado: y es el de que Monte Carlo no está lejos de Florencia. En cuanto se cierra Saxón no queda más que Monte Carlo, de modo que podrá ir de cuando en cuando a pedirle dinero prestado a su hija. ¡Es lo menos que puede hacer ésta en su favor! Desde que está reducida a doce mil francos de renta, sus asuntos no se desenredan nunca. ¡Su hija al casarse la ha despojado de su dinero! Todos los hijos son unos ingratos.

La casa de Ratier y de su mujer es una singular mezcla de cuadernos de música y de algodón de zurcir; pero los dos se quieren tiernamente y Ratier, como tenor, promete suplantar a Duprez.



El Rey de Sajonia (1) visitando al Kromprinz Guillermo de Alemania (2), que manda el ejército de operaciones de la región de Verdún

La personalidad del Kromprinz, príncipe heredero, Guillermo de Alemania, goza de gran popularidad en su patria, en donde cuenta con un partido numeroso y entusiasta.

Antes de que estallase la actual guerra, ya se le atribufan sentimientos en extremo belicosos y aun se dijo que él fué quien más influyó en el ánimo de su padre para que provocase la ruptura de hostilidades.

Estas afirmaciones o suposiciones han quedado desvirtuadas por las declaraciones que recientemente ha hecho el Kromprinz al corresponsal que en Berlín tiene la *United Press* de América.

«La guerra actual, ha dicho, no tiene razón alguna que la justifique; no era necesaria y Alemania no la deseaba.»

»En todos los países, desde el más humilde al más poderoso, se dan cuenta de que Alemania se bate por su existencia y todos están convencidos de que la guerra no tiene otro fin que el aniquilamiento de Alemania.»

El Kromprinz ha reconocido que el mundo casi entero está contra Alemania y atribuye este estado de cosas en gran parte a Inglaterra, que ha intervenido todas las comunicaciones de prensa por culpable error de Alemania, que no ha comprendido el papel importante que desempeña la prensa en la política internacional. Ha negado que sea partidario de la guerra y ha rendido expresivo tributo a la bravura del soldado francés, que no ha sido excedida por ningún otro soldado.

«El francés, ha dicho, se bate magníficamente. Es igual a las tropas alemanas en inteligencia y a veces más vivo, más ágil y mejor en los combates a la defensiva.»

Terminó el Kromprinz sus declaraciones diciendo que los acontecimientos demostrarán que el comandante en jefe del ejército francés, el generalísimo Joffre, es de los caudillos más capaces y merecedor de la admiración universal.

El segundo de los grabados que adjunto reproducimos representa, por decirlo así, un símbolo del modo cómo se lucha actualmente en el Norte de Francia y en el Sur de Bélgica, y que es todo lo contrario de lo que se creía que habría de ser la guerra antes de que estallase y aun durante el primer período de la misma. En efecto, era creencia universal que la guerra duraría poco tiempo y que se resolvería en pocas pero grandiosas y terribles batallas;

y sin embargo, vemos desde hace meses a los aliados de una parte y a los alemanes de otra, ocupando casi las mismas líneas; y en vez de luchar en combates decisivos, se hace una guerra de posiciones y se disputan encarnizadamente aldeas, caseríos y hasta viviendas aisladas, al parecer sin ningún valor estratégico.

Esta manera de guerrear ha hecho imprescindible la construcción de trincheras especiales que no sirven, como en otras guerras, para una acción defensiva u ofensiva transitoria, sino que revisten un carácter de permanencia y en su consecuencia hállanse instaladas en condiciones especiales para que puedan servir de vivienda a las tropas que las guarnecen. Uno y otro ejército han realizado prodigios para hacer estas mansiones lo más confortables posible y de algunas de ellas refieren testigos que las han visitado que no sólo cuentan con todo lo necesario para la vida de campaña, sino que aun están dotadas de algunas superfluidades que contribuyen a hacer más llevadera y menos triste la existencia de los oficiales y de los soldados. Esto aparte de las obras de defensa que en todas ellas tienen naturalmente por objeto poner a cubierto a las tropas de los proyectiles del adversario. De aquí la denominación de «guerra de «topos» que se ha dado a este sistema de lucha,



Oficial alemán, a la entrada de su habitación en la línea de combate, comunicándose por teléfono con el Estado Mayor. (De fotografías.)

en el que a veces las trincheras distan sólo algunos metros de las del enemigo, a pesar de lo cual desde las unas nadie adivinaría la existencia a tan poco trecho de las otras.

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle*, *Littre*, *Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que vienent d'être à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grandes services. — Agréez, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, L. OUVROY.* — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE

ANEMIA

ESCROFULISMO

NEURASTENIA

INAPETENCIA

GANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

PARA ELLAS

por D.^a ADELA SÁNCHEZ CANTOS DE ESCOBAR
 Colección de novelitas y cuentos dedicada a las señoras.
 Un tomo lujosamente encuadernado a 5 pesetas para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

LA ATMÓSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA
 Obra escrita por CAMILO FLAMMARIÓN
 Dos tomos ricamente encuadernados a 5 pesetas uno para los subscriptores a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN